

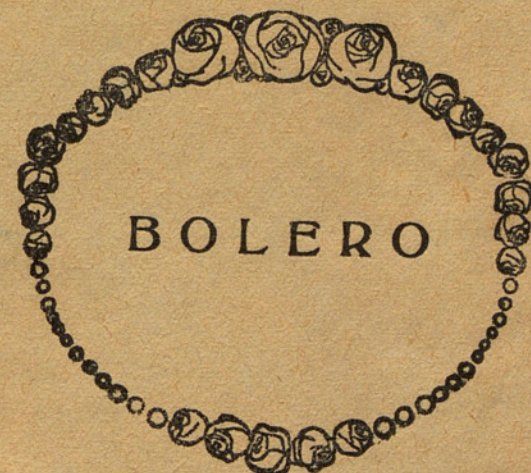


**GEORGE
RAFT**

**CAROLE
LOMBARD**

Polero

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS



BOLERO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbrá, 16 - Barcelona

EDITORIAL

"AAS"

Publicación semanal

Año IX

Núm. 155

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

BOLERO

Una novela sentida, llena de humanismo, en la
que nos descubre el alma de un hombre que
solo vivió para su arte. Huyó del amor y lo
creyó un sentimiento superfluo, hasta
que una gran pasión dobló su
orgullo y ambición, cuando ya era
imposible el amor. ∞ Creación
de los eminentes artistas

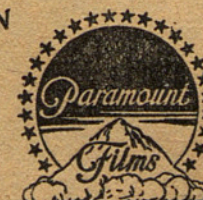
Carole Lombard

y

George Raft

PRODUCCION

DIRECTOR:
J. M. MESSERI



Teléfono 73003

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

| | |
|------------------------|------------------|
| Raul | GEORGE RAFT |
| Elena | CAROLE LOMBARD |
| Annete | Sally Rand |
| Leona | Frances Drake |
| Mike | William Frawley |
| Lady D'Argon | Gertrude Michael |
| Lord Coray | Raymond Milland |
| Lucy | Gloria Shea |

Dirección de

Wesley Ruggles

Dirección musical de

Nathaniel Finstorg

— NARRACIÓN DEL FILM POR —

MANUEL NIETO GALAN

■ B O L E R O ■

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

ALMA DE ARTISTA



¿UÉ importa el ambiente en que se viva, ni el nacimiento, cuando dentro del alma vive con fuerza indestructible la llama del arte? Dice el refrán que el artista nace y no se hace, y como todo refrán diariamente se ve éste confirmado por la aparición de esos grandes valores del arte, que nadie sabe de dónde vinieron, ni de qué medios se valieron para llegar a la cima de la gloria. Son seres extraordinarios, seres que sintieron la llamada del arte en su alma y quemaron en pos de aquella ilusión los mejores días de su vida, sin desfallecimiento, sin desesperanzarse, hasta que finalmente aquel ar-

te que los iluminó resplandece potente y vigoroso lanzándolo a la voragine de la vida como un nuevo meteoro fulgurantes rayos.

En este caso se hallaba Raul. Era un muchacho de unos veinte años, fuerte, vigoroso y sobre todo lleno de ilusiones. En su vida no había más que un sueño, ser bailarín. Sentía el baile como una necesidad imperiosa y tenía en sí mismo una confianza ciega.

Por nada, ni por nadie, habría renunciado a aquella esperanza que sentía dentro de su alma. Era como una llama que vivía encendida perennemente en él y le abrasaba en el fuego de aquella ilusión.

Pero Raul no podía permitirse el

lujo de una gran reclame, ni siquiera la satisfacción de tener medios con que poder demostrar que era un gran bailarín. Su situación era algo dura. Trabajaba de minero en una mina de carbón, en compañía de su hermano Mike, de más edad que él. El trabajo en la mina era agotador, un trabajo que se apoderaba de todas las fuerzas físicas, que no dejaba lugar ni para el descanso y menos aun para poder soñar con futuras glorias.

Sin embargo, Raul pensaba en su arte. En medio de aquel sacrificio de sus fuerzas físicas, su moral no decaía, quería llegar, ¿Cómo? Ni él mismo lo sabía, pero la confianza era ciega en el día de mañana.

Llevado por esta fuerte ilusión acudía a los cafés donde se bailaba, entre un público soez e incapaz de comprender el verdadero arte y en aquellos lugares Raul porfiaba con empresarios y menagers para que le dieran la ocasión de poder demostrar todo lo que él era capaz de hacer.

Por fin, tras no pocos inconvenientes la ocasión se le presentó, por fin iba a debutar en uno de aquellos teatruchos del arrabal, donde tendría que luchar contra la incomprensión del público. Mas, Raul, con absoluta seguridad no pensó en aquello y sí sólo en que él era capaz de hacer que aquella gente le aplaudiesen y le aclamasen cuando le vieran bailar.

La noche del debut, como casi todas las noches, el teatro donde iba a actuar estaba lleno de público. Unos eran mineros, otros cargadores del muelle, otros cuantos obreros, y en medio de un griterío infernal, de imprecaciones y llamadas a las artistas iba desarrollándose el espectáculo.

Raul, elegantemente vestido, se hallaba con su hermano entre bastidores, mientras que en el escenario bailaba una muchacha llamada Lucy.

Se advertía en aquella mujer una gran disposición para el baile, pero obligada por las exigencias del público, lo que menos hacía era bailar. Mostrábase en un traje de ridícula inmoralidad y los espectadores aplaudían frenéticamente.

Mike, que nada comprendía de lo que era el baile, al ver como aplaudían a la muchacha, le dijo a su hermano:

—Baila bien, ¿eh?

—Terriblemente mal — respondió Raul, viendo como la muchacha bailaba.

Su hermano lo miró sorprendido y volvió a decirle, recordando como le había visto bailar a él.

—Pues yo creo que tú no puedes bailar como ella.

—Porque tú me has visto bailar con aquellos zapatones de minero, ahora verás como es distinto.

—¿Acaso hacen falta zapatos de charol para bailar bien?—preguntó burlonamente Mike.

Raul, molesto por el tono zumbón de su hermano, le dijo airadamente:

—Cállate... Ya verás como bailo yo.

Pero Mike no era del mismo parecer. No estaba convencido de que bailando pudiera nadie ganarse la vida y exclamó riendo:

—¡Que tenga yo un hermano bailarín, es el colmo! Así no podré ahorrar para el anillo de serpiente que quiero.

Había terminado de bailar la muchacha y le tocó el turno a Raul. Este, convencido de que su baile era de mejor calidad que el de la muchacha, exclamó al momento de salir al escenario:

—Ahora verán esa gente lo que es bailar.

Se lanzó al escenario y siguió a la música que en aquel momento tocaba un charlestón.

Se advertía en Raul una disposición admirable para el baile. Sus pies a penas tocaban el escenario y todo su cuerpo se movía rítmicamente siguiendo el compás de la música. No cabía duda de que era un excelente bailarín y así lo habría comprendido cualquier persona competente en el arte de bailar. Mas, aquel público, lo que menos le interesaba era

el baile. Lo único que quería era que le presentasen mujeres, y por lo mismo, a los pocos segundos de estar Raul en el escenario comenzaron a gritarle:

—¡Queremos a la chica!

Raul no se amilanó por aquel grito y siguió bailando, si cabe, con más ardor que al principio.

El público se cansaba de ver a un hombre solo bailando y otro de ellos gritó.

—¡Que se vaya ese tipo y salga otra vez la chica!

Pero Raul, como si no fueran dirigidas a él aquellas exclamaciones, continuaba bailando y diciéndole al pianista:

—¡Con más alma, maestro!

La música atacó con más brío el charlestón, pero ni aun así consiguió acallar las protestas del público, que quería a todo trance que se fuera para que saliera nuevamente la muchacha.

Ya no fué uno solo el que protestó, sino que fueron todos a la vez, y en vista de que Raul no se iba, comenzaron a gritar:

—¡El gancho!... ¡El gancho!...

El menager del teatro, en vista del griterío que se había formado, comprendió que para evitar un mayor conflicto lo mejor era sacar el gancho y en seguida, cogió un palo largo que tenía preparado, con una es-

pecie de lazo en la punta y lo tiró sobre Raul. Este se vió cogido por los brazos y arrastrado al interior del escenario donde estaba el ménager y su hermano.

—¿Por qué ha hecho usted esto? —le preguntó Raul indignado.

—¿Qué querías, que toda esta gente me echara abajo el teatro?... Mike sentía aquella derrota como suya propia. Quería a su hermano más que a nada en el mundo y procuró tranquilizarlo, diciéndole:

—Bah, no les hagas caso... ¿Qué entienden ellos de baile?

—Es que yo les doy quince y raya a todos los que bailan aquí—respondió Raul.

—Claro que sí—le respondió su hermano—. Esa gente no han visto nunca bailar bien.

El ménager, que entendía de baile, se acercó nuevamente adonde estaba Raul y le dijo:

—Lo que debes hacer es buscarte una compañera... Procura que sea bonita y llevarás el cincuenta por ciento ganado.

Raul se quedó mirando a la muchacha que en aquellos momentos estaba en el escenario.

Era la misma que le había precedido. Era Lucy, que nuevamente, ante las aclamaciones del público seguía bailando una de aquellas rumbas que tanto gustaban a los espec-

tadores de aquel teatro. Al cabo de un rato de contemplación Raul miró al ménager y le preguntó:

—¿Qué le parece a esa chica para compañera?

—No estaría mal—respondió el ménager—. Es bonita, aprendería pronto a bailar... En fin, Pruébalo.

—Ya hablaremos de eso... Por lo pronto nombraré a mi hermano apoderado mío.

—Yo, ¿tu apoderado?—preguntó con cierta sorpresa Mike, cuya excesiva bondad no conocía límites.

—Sí, hombre—le dijo nuevamente Raul—¿acaso te negarías a ser mi apoderado?

Mike se creyó ofendido en su cariño fraternal y respondió dignamente:

—¡Eso, nunca!... ¡Haré lo que tú quieras!

—Pues, vámonos, que tendremos que hablar de negocios.

Y echaron a andar para salir del teatro, mientras que el ménager les indicaba el camino más corto para ganar la calle, diciéndoles:

—Tengan cuidado de no pasar por el escenario.

No hablaron aquella noche de nada. El cansancio y los nervios no los dejaron principiár aquella conversación, después del fracaso de Raul. Sin embargo, al día siguiente, cuando estaba trabajando en la mina,

Raul, acordándose de lo que le había pasado, apenas si daba un golpe hasta que su hermano le dijo:

—Raul, ten cuidado, que viene por aquí el capataz.

Raul, en vez de obedecer a la indicación de su hermano tiró la pala y exclamó:

—Yo no sirvo para esto... Yo tengo otras ambiciones...

—Pues, guárdatelas por ahora—le contestó Mike.

—¿Y qué quieres que haga, hasta entonces?... ¿Quieres que siga trabajando?

—Claro que sí. ¿Qué remedio te queda?

—¿Y eso me lo dices tú, tú, a quien yo he nombrado mi apoderado?—preguntó con cierta indignación Raul.

Mike lo miró fijamente. No comprendía aquella locura de su hermano y para probar de quitarle de la cabeza aquellos sueños fantásticos, le dijo:

—Es que yo no quiero ser tu apoderado... Además, ¿de qué quieres que sea apoderado?

—Para cuando yo baile... Ya verás, ya verás—le dijo entusiasmado Raul.

—¿Pero, todavía no estás convencido de que no sirves?... ¿No te acuerdas de la silba de anoche?

—¿Qué saben ellos de eso?

—Y tú, sí, ¿verdad?... Vamos, dé-

jate de tonterías y trabaja, que nos van a llamar la atención—le respondió Mike.

Pero Raul no podía dejarse vencer por nada. Sentía en su interior aquella llama del arte que era toda su vida. Se creía capaz de llegar, de convencer con su arte y por lo mismo le dijo a su hermano:

—Oye, Mike, ¿serías capaz de prestarme veinte dólares?

Mike lo miró sorprendido. Lo que menos se esperaba era aquella petición de su hermano, y ante una nueva insistencia de éste le respondió:

—Quítate esas manías de la cabeza, Raul, si es que todavía te queda cabeza.

—Me sobra cabeza, Mike—insistió su hermano—. Ya te he dicho que yo no he nacido para esto... ¡Quiero ser algo más!... ¿Qué me dices? Necesito ese dinero para triunfar.

Mike se hacía el remolón. No era muy de su gusto desprenderse de aquellos veinte dólares y su hermano, viéndole dudar insistió por tercera vez, diciéndole:

—Dame esos veinte dólares... Tengo una idea admirable. Me iré de la mina y me dedicaré a buscar un contrato... Procuraré que Lucy sea mi compañera y ya verás como venzo.

Mike no se resistió más tiempo en darle aquel dinero que le pedía y a la vez que se lo daba le dijo:

—Te los doy, así, al menos, cuando tú no estés en la mina se trabajará algo.

Raul recogió la cantidad que le daba su hermano, abandonó el trabajo e inmediatamente se puso en movimiento para conseguir lo que se proponía.

Lo primero que hizo fué ir a buscar a Lucy y convencerla para que fuese su pareja. La muchacha, a quien desde un principio no le había desagradado el tipo varonil de Raul, no tardó en dejarse convencer y desde el día siguiente empezaron a ensayar.

No se necesita ser ningún lince para advertir que Lucy estaba enamorada de Raul. La muchacha accedía a todas sus exigencias artísticas de él, con el sólo deseo de serle agradable y conseguir ser correspondida con el mismo amor que él le había hecho nacer en ella.

Pero Raul era más calculador que sentimental. Estaba convencido de que para vencer era preciso apartarse de todo sentimentalismo y no hacía caso de las insinuaciones que ella le dirigía.

Se advertía que su única preocupación era el baile y no vivía más que para su arte.

De nada le servía a la muchacha cuanto hacía para llamar la atención,

ni Raul se detuvo nunca a pensar en la belleza de Lucy.

Pasaron algunas semanas y Raul consiguió que los dejasen debutar en un music-hall de cierta categoría de la ciudad.

El dueño no había querido firmarle ningún contrato hasta verle actuar y si acaso gustaba entonces podrían hablar de condiciones y de contrato.

Quedó Raul conforme con aquel trato y la noche del debut su hermano fué a verle, para animarlo con su presencia.

Durante aquellos días de ensayos, Raul había ganado enormemente. Había ido elegantizando su figura y sus modales de bailarín hasta llegar casi a una perfección.

Se hallaba bailando con Lucy en el music-hall, cuando llegó su hermano y Raul al verlo lo saludó con la vista, mientras que Mike levantaba la mano para que lo viese mejor.

La pareja trenzaba admirablemente los pasos de un vals, entre la expectación del público, que mucho más educado que el del teatro, advertía que eran dos buenos artistas.

Pero al mismo tiempo que Raul no pensaba más que en el baile, Lucy seguía pensando en Raul y le preguntó mientras bailaban:

—¿Vendrás a mi casa esta noche?

—No—respondió Raul, sin mirar-

la y sonriendo al público, como si no hablase con su pareja.

—¿Por qué no?—le dijo Lucy—. ¿Quién te impide que vengas a verme? Te advierto que estaré sola.

—Pues, por eso no iré a verte—le dijo Raul—. ¿Acaso estamos casados?

—Siempre estamos juntos—le dijo ella mimosamente—. Es como si lo estuviéramos.

—No es lo mismo—le dijo él—. Somos nada más que compañeros. No se te olvide. Ya sabes que te lo he advertido.

Lucy miró dolorosamente a su compañero de baile. En sus bellos ojos brilló toda la pasión que sentía por él y le reprochó dulcemente:

—No me hables así.

Había terminado el baile y un aplauso general premió la labor de los artistas. Los que se hallaban en el local se habían puesto de pie aplaudiéndole y el que lo hacía con más entusiasmo era Mike.

Los dos bailarines saludaban ante aquella aclamación y Lucy, fija en su mente la idea de verse a solas con Raul, le dijo:

—¿Nos vamos ahora?

—No—le respondió Raul—. Nos veremos mañana. Mi hermano está aquí y me espera.

Dejó a la muchacha y se dirigió a la mesa donde estaba su hermano. Al

pasar junto a una muchacha que estaba sentada frente al escenario, ésta se encaró con él y le dijo:

—Acuérdese que me prometió el segundo baile.

—No lo olvido—respondió sonriendo Raul.

Le hizo una leve inclinación de cabeza y se fué directamente a abrazar a su hermano, que le dijo, loco de alegría:

—¡Te felicito, chico!... Has bailado de primera.

Raul se sentó junto a él y Mike, que no había perdido un momento de vista a Lucy, le preguntó:

—¿Tu compañera es la chica aquella del teatro?

—La misma—contestó Raul—. ¿Te has dado cuenta del cambio que se ha realizado en ella?

—Un cambio enorme... Ahora está más guapa. Pero me parece que te dará algún disgusto. Sobre todo procura no tener celos.

Raul miró sorprendido a Mike y sin poderse contener lanzó una carcajada al mismo tiempo que le decía:

—Nada de celos... Somos dos compañeros solamente.

—Pues ella parece que te quiere.

—Ya lo sé, pero yo no quiero líos.

—¿Y no tienes ninguna amigueta, eh?—le dijo maliciosamente Mike.

Raul comprendió el sentido de la pregunta; advirtió también que

Lucy le gustaba a su hermano y le dijo riendo:

—Si te gusta Lucy, te la regalo.

—Muchas gracias, pero ella a quien quiere es a ti... No hay más que verlo.

—Pues, pierde el tiempo lastimosamente—respondió Raul.

Y ante la mirada curiosa de su hermano le explicó:

—No quiero mezclar el placer con el negocio... Me voy de aquí.

Mike lo miró sorprendido. No comprendía el por qué su hermano quería irse de allí, cuando tanto había gustado.

Antes de que pudiera expresarle su extrañeza, compareció el dueño del music-hall y le dijo a Raul:

—Cuando usted quiera puede pasar por mi oficina para que firmemos el contrato.

Volvieron a quedar solos los dos hermanos y Mike cogió las manos de Raul y estrechándolas fuertemente, le dijo:

—¡Contrato!... ¡Por fin!... ¡Qué suerte!

—No lo firmaré—le dijo Raul—. No me conviene firmar.

—¿Que no te conviene firmar?... ¿Por qué?

—Ya lo sabrás... ¿Tienes dinero?

Mike se puso en guardia esperando un nuevo sablazo de su hermano y Raul le dijo:

—Quiero marcharme a París.

—¿A París?... ¿Qué vas a hacer tú en París?

—Lo que no puedo hacer aquí—respondió Raul—. Voy a aprender nuevos bailes.

—Pues, apréndelos aquí—le dijo Mike—. ¿Qué necesidad tienes de ir a París?

Raul, en vista de que su hermano no le comprendía, quiso atacarle en su cariño y le dijo:

—Si todos esos inconvenientes los pones para no darme el dinero, es inútil, dímelo francamente y yo procuraré tenerlo por otro lado. Aun hay quien cree en mí.

—Yo no he dicho tal cosa—replicó incomodado Mike.

Se sacó el dinero que le pedía Raul y se lo entregó diciéndole:

—Aquí tienes el dinero, guárdatelo.

—Te lo devolveré pronto—respondió Raul, convencido de que en París triunfaría lo mismo que acababa de triunfar aquella noche allí.

—¿Estás ahora contento?—le preguntó Mike.

—Claro que sí—le dijo Raul—. Un apoderado debe tener dinero para cuando lo necesite su representado... Además, tengo una idea que me dará un resultado excelente... Ya verás, ya verás... Estoy seguro de que triunfaré.

Y dejándose llevar por sus ilusio-

nes Raul fué comunicándole todo lo que pensaba hacer para conseguir llegar a ser un bailarín famoso.

Su hermano asentía a cuanto le decía Raul y este sentimiento terminó por convencerlo del todo, hasta el punto de que al día siguiente comunicó a Lucy su deseo de terminar y su decisión de marchar a París.

Con una frialdad asombrosa, dejándose llevar siempre de sus cálculos, ni siquiera se dió cuenta del dolor que causaba a la pobre muchacha y se separó de ella en la misma forma que lo hacen dos socios que

han dado por concluido su negocio, pero sin que entre ellos haya habido el menor rozamiento.

Y es que, como decimos, Raul no pensaba en amores. Creía inútil aquel sentimiento en un hombre que como él luchaba por la celebridad. Se reía cuando alguien le hablaba de amor y consideraba como a un ser imbécil todo aquel que estaba enamorado.

No creía que un hombre pudiera sentir esa pasión que tantas veces había visto confesado por otros y se decía a sí mismo que para un artista su única pasión debía ser su arte.

EN PARIS

Siguiendo sus impulsos y gracias a los puequeños ahorros de Mike, Raul pudo trasladarse a París. Pero triunfar en París no era tal y como se lo había pensado Raul. En la enorme ciudad que atrae al mundo entero en el brillo de su luz, el triunfo parecía alejarse cada vez más y Raul se desesperaba.

El dinero que le enviaba Mike era insuficiente para hacer frente a sus gastos y finalmente Raul penso que tenía que hacer algo para ganarse la vida y no ser tan gravoso a su pobre hermano.

Sus grandes dotes como bailarín les sirvieron para entrar en un cabaret como gigolo. Ganaba un buen sueldo y además alternaba con damas de la aristocracia y entre ellas

podría encontrar la forma de debutar en algún sitio donde demostrar que era un verdadero artista.

A los pocos días de estar en el cabaret se corrió la voz de sus grandes dotes de bailarín y las mujeres se disputaban el honor de poder bailar con él.

Desde entonces Raul vió su caudal aumentado. Las propinas llovían y no había día que no se fuése a su casa con unos cuantos cientos de francos ganados de aquella forma.

Por otra parte su figura elegantísima, sus modales, su corrección y su simpatía eran otros motivos por los cuales la compañía de Raul era solicitadísima por todas las clientes.

Claro está que entre estas, las había viejas y el pobre muchacho te-

nía que cargar con ellas y ser su pareja en más de una ocasión. Pero precisamente eran aquellas damas las más pródigas en sus propinas y Raul pensaba muchas veces, que bien merecía el sacrificio de bailar con ellas por la retribución que recibía.

Otro cualquiera se habría contentado con aquellas ganancias, pero no era eso precisamente lo que Raul había ido a buscar a París. Aquella ocupación de gigolo la había aceptado únicamente como una solución hasta que llegase a conseguir lo que tanto anhelaba, que era debutar en algún célebre music-hall de Montmartre.

Todavía no había estallado la guerra europea y Montmartre era considerado por los parisinos como el lugar preferido para las diversiones y cualquier artista que triunfase allí tenía abiertas las puertas de la gloria para conseguir la celebridad. Por esta causa Raul, mientras ejercía de gigolo pensaba en aquella parte de París que parecía cerrada a piedra y lodo para él.

En el cabaret donde trabajaba acudían mujeres de todas clases. Había entretenidas cuyos amigos las dejaban en libertad para poder ir a bailar con los gigolos y eran estas precisamente las que más se disputaban el honor de bailar con el célebre bailarín, cuyo nombre iba adquiriendo

ya entre las damas de la buena sociedad, cierta notoriedad.

Entre las más asiduas concurrentes había una tal Leona, muchacha de una belleza excepcional y que bailaba admirablemente. Raul prefería bailar con ella a con ninguna otra. Aquella mujer cuando bailaba parecía sentir el baile y los dos se avenían de tal forma que él muchas veces pensó que con una compañera así no le sería difícil el triunfo. Pero Leona tenía un inconveniente y este inconveniente era precisamente su amigo. Era la entretenida de un señor de edad, con más millones que años el cual satisfacía todos los caprichos y gastos de la joven con una prodigalidad de verdadero rajá. Raul sabía esto y sabía también que él nada podía ofrecerle. Sin embargo no estaba desilusionado ante la posibilidad de que llegase el día de poder convencer a Leona para que dejase al viejo y lo siguiera a él en su profesión de bailarín.

Pero para ello era preciso demostrarle algún interés personal, hacerla creer que estaba enamorado de ella y eso era precisamente lo que Raul quería evitar a toda costa. No le satisfacía la idea de tener que estar mintiéndole amor a cada momento y si algo lo detuvo en hacerle su proposición fué aquello.

Mike en América se extrañaba de

que su hermano no volviese a pedirle dinero y pronto en vez de demandas recibió ofertas.

Raul en sus cartas le comunicaba que había entrado de bailarín en un establecimiento de primer orden de París y que ganaba grandes cantidades. No era solamente que se lo decía sino que además se lo demostraba. Le pagó cuanto le debía y hasta lo invitó a pasar una temporada a su lado.

Aquella invitación decidió a Mike a marchar a París para estar algún tiempo al lado de aquel hermano a quien adoraba como si fuera su hijo.

A pesar de que solamente eran hermanos de padre, el cariño entre ellos era indisoluble. Diríase que Mike no tenía cerebro para pensar y que dejaba que Raul hiciera por él. Por esta causa cuando Raul lo invitó le faltó tiempo para despedirse de la mina y correr a Francia a buscar a su hermano.

Cuando llegó a París era de noche, se fué al hotel donde se hospedaba su hermano y allí le dijeron que a aquella hora encontraría a Raul en el cabaret donde trabajaba.

Desde el hotel se dirigió inmediatamente al cabaret y quedó deslumbrado ante el lujo del que se hacía ostentación en aquel sitio.

Un camarero al verlo entrar algo extrañado, comprendió que era un

pobre provinciano y se acercó a él preguntándole:

—¿Busca usted a alguien aquí?

—Claro que sí—respondió Mike—. Busco a mi hermano que baila aquí.

El camarero lo dejó pasar y Raúl se fué directamente al salón de baile esperando ver allí a su hermano.

Lo que le llamó la atención fué el lujo que llevaban las mujeres y pensó que para actuar allí indudablemente su hermano debería haber triunfado rotundamente.

Con un íntimo orgullo de ser hermano de la celebridad, se fué hacia el mostrador y le dijo al camarero:

—Deme una cerveza.

Esperaba ver desde allí a su hermano cuando saliese y se sentó en uno de los taburetes que había junto al mostrador.

Al poco rato empezó a tocar la orquesta y Raúl, que se hallaba sentado en una mesa de un rincón del salón, vió que dos señoras de unos cincuenta años cada una le hacían señas para que fuese a la mesa de ellas.

Cumpliendo con su misión, Raúl se apresuró a acudir al llamamiento que se le hacía y una de ellas le dijo:

—Nos gustaría bailar con usted.

—Encantado, señoras—respondió galantemente Raúl, haciendo una graciosa reverencia.

Las dos mujeres discutieron cual de las dos debería ser la primera y tras una breve porfía aceptó una de ellas ser la primera y salió a bailar con Raúl.

Entonces fué cuando Mike vió a su hermano, más al verlo bailar con aquel vejstorio comprendió cual era el oficio de Raúl y sintió una pena infinita. No era así cómo él se había creído encontrar a su hermano. El lo había supuesto como bailarín profesional, no como hombre-muñeco a disposición de quien lo paga.

Raúl, sin darse cuenta de la presencia de su hermano, siguió bailando con ella, mientras que la dama, encantada de poder bailar con aquel joven, a quien muchas muchachas se disputaban, pretendió alabarlo y le dijo:

—Baila usted admirablemente, Raúl.

—Muchas gracias, señora—respondió él—, pero con una pareja como usted no es difícil bailar bien.

La dama sonrió halagada en su vanidad femenina y volvió a decirle:

—Con mi marido no puedo bailar nunca... No le gusta bailar; además, está siempre tan ocupado que apenas si se cuida de mí.

Raúl sonrió ante las palabras de la dama, y antes de que pudiera con-

testarle la música dejó de tocar y fué a llevarla a su sitio.

Nuevamente la orquesta ejecutó un vals y Raúl tuvo que «cargar» con la otra compañera.

Su hermano lo miraba con una pena infinita. ¿Cómo podía él suponerse que Raúl terminara de aquella manera?... Tuvo momentos en que sintió la tentación de ir a donde estaba Raúl y cogerlo por un brazo y llevárselo de allí, pero ante el temor de producir una desagradable escena se contuvo y siguió con la vista a Raúl, hasta que éste le vió y le gritó alegremente sorprendido:

—Voy al instante.

La dama creyó que se trataba de alguna muchacha que lo llamaba y le dijo maliciosamente:

—Es usted un tunante. No le dejen tranquilo las mujeres.

—Se trata de mi hermano—le respondió Raúl—. Acaba de llegar de fuera.

Siguieron bailando y cuando terminó el baile Raúl fué a dejar a su pareja a la misma mesa donde estaba la otra.

Las dos mujeres empezaron nuevamente a discutir queriendo ser cada una de ellas la que pagase al bailarín, hasta que finalmente la que primeramente había bailado le entregó un billete de cincuenta francos diciéndole:

—Muchas gracias, Raúl.

—Siempre a sus órdenes, señora —respondió el bailarín amablemente.

La otra, que no quería ser menos que su compañera, le ofreció la mano y al dársela le entregó otro billete de cincuenta francos.

Raúl hizo un gesto de reverencia ante ellas, al mismo tiempo que se despedía diciéndoles:

—Muchas gracias. Con su permiso voy a saludar a mi hermano.

Se fué en busca de Mike y lo abrazó fuertemente diciéndole:

—¡Por fin has venido!... ¡Cuántas ganas tenía ya de verte!

—Sí—le respondió Mike—; he venido, pero me pesa. Creí encontrar-te de diferente forma.

—Este es el principio de casi todos—le dijo Raúl—. Precisamente llegas que ni de encargo... Sigo con mi idea fija y cuento contigo.

Mike se puso en guardia y le respondió:

—Te advierto que no tengo ni un centavo.

—No se trata de eso—respondió Raúl alegremente—. Tengo un contrato casi ultimado en uno de los establecimientos más célebres de Montmartre. Necesito un apoderado y tú lo vas a ser. Te compraré ropa decente, para que te presentes tal como debes.

Mike rehusó la oferta diciéndole:

—No necesito ropa, tengo bastante con dos trajes que tengo.

—Yo te digo que la necesitarás. Ya verás cuando debute, qué éxito más enorme.

—¿Y cuál será tu compañera?

—No la tengo todavía, pero estoy seguro de que causará sensación si consigo tener la que me propongo.

En una mesa frente a ellos se hallaba Leona, que no quitaba la mirada de donde estaba Raúl. Aquella noche había ido acompañada de su viejo amante, pero la muchacha no podía ocultar la gran simpatía que sentía por el bailarín. Aprovechando los descuidos del viejo flirteaba con Raúl, y éste, indicándole a su hermano el sitio donde estaba Leona, le dijo:

—Fíjate en aquella mesa. ¿Ves aquella mujer?

—Guapísima—respondió Mike—. No creí que hubiera mujeres tan hermosas.

En efecto, Leona era de una belleza llamativa. Sus cabellos rubios como el oro enmarcaban su rostro, de una blancura de nieve, y sus ojos grandes y azulados parecían dos tranquilos lagos rodeados de nieva brillantez.

Su cuerpo esbelto, ágil en sus movimientos y delicioso en sus ondulaciones, era, en resumen, una mujer

de las que basta verla una sola vez para sentirse fascinado.

Mike no dejaba de mirarla y de sus labios no salían más palabras que las de «magnífica».

—¿Te gusta?—le preguntó Raúl.

Baila que da gusto. No he encontrado una mujer que sepa bailar como ella. Estoy seguro de que con unas cuantas lecciones será una compañera inmejorable.

Raúl, al oír que la orquesta había comenzado a tocar se acercó a la mesa donde estaba Leona y dirigiéndose al viejo le preguntó:

—¿Me permite bailar?

—Encantado—respondió el viejo.

Leona le dirigió una cariñosa mirada al bailarín y se levantó para bailar con él.

Esta la cogió en sus brazos y le dijo:

—¿Cuanto ha tardado usted esta noche?

—¿Se ha dado cuenta?—preguntó coquetamente ella—. ¿Creí que no notaría mi falta.

—Su falta se deja notar siempre—respondió Raúl. Cuando se posee la belleza de usted y se sabe bailar como usted baila, todo hombre, que como yo sea amante del arte, ha de notar su ausencia.

Leona sonrió agradecida por la galantería y dejó reclinar su linda

cabecita sobre el hombro de él, mientras que Raúl le decía:

—Si usted quisiera...

—¿El qué?—preguntó ella—. ¿Qué quiere usted decir?

—No es este el mejor lugar para hacerle mi proposición. Concédame usted una entrevista a solas.

—¿No teme usted el peligro de que se pueda enterar mi amigo?—preguntó ella con una sonrisa.

—Cuanto mayor es el mérito más debe costar conseguirlo—replicó él.

—Pues venga mañana a verme—le dijo ella.

—¿Dónde?—preguntó Raúl, convencido de que no le sería difícil conseguir que aquella mujer accediese a sus deseos.

Leona le dió su dirección particular y desde aquel momento se entregaron con frenesí al baile.

La orquesta ejecutaba un tango y ante la maestría de la pareja, todos los demás bailarines fueron apartándose de la pista para admirar a Leona y a Raúl como bailaban.

Eran tiempos en los que estaba de moda el tango argentino. En todos los sitios elegantes no se bailaba otra cosa y cuantos bailaban aquella danza con la perfección de Raúl eran objeto de la admiración de los demás.

Al terminar de bailar todos cuantos estaban viéndolos prorrumpieron

en aplausos y Leona corrió a sentarse a la mesa donde estaba su amigo.

Al día siguiente Raúl fué en busca de Leona. Esta lo esperaba ya y en cuanto lo vió entrar le dijo sonriendo:

—Creí que se había olvidado usted.

—No tenía usted motivos para pensar así—le dijo galantemente Raúl.—Todavía no es la hora señalada.

—Es verdad—respondió Leona;—pero no puedo negarle que tenía vivos deseos de saber cual era la proposición que usted quería hacerme.

Raúl se acercó a ella y cogiéndola por una mano le dijo intencionadamente:

—¿Sería usted capaz de poder pasar sin su amigo?

—No le quiero—respondió Leona, —pero ya comprenderá que de alguna forma hay que vivir.

—Pues eso precisamente es lo que yo vengo a ofrecerle a usted—le dijo Raúl—, la forma de cómo puede vivir sin que entre nosotros se interponga su amigo.

Leona lo miró con interés. En todo había pensado menos en que Raúl le hiciese una proposición así. Ella había creído que Raúl, como otros tantos bailarines, se sentiría satisfecho con conseguir su amor,

pero sin exigencias de ninguna otra clase.

Raúl, ante la extrañeza que expresaba Leona, volvió a decirle:

—Ya vió usted cómo nos aplaudían cuando terminamos de bailar. ¿No cree usted que nosotros dos podríamos hacernos célebres bailando?

—¿Bailando?—preguntó ella.

—Sí—respondió Raúl—. Yo tengo un contrato para actuar en uno de los principales «music-halls» de Montmartre, necesito una pareja que quiera compartir conmigo el triunfo, una mujer que me comprenda, que pueda fiarme de ella, y usted es la única... ¿Quiere ser mi compañera?

Leona calló unos segundos. La proposición que le hacía Raúl no era la que ella creía. Pensaba que hubiera sido mucho mejor amarse sin preocupaciones de ningún género, y así se lo dijo, preguntándole:

—¿Y por qué ese deseo de crearse preocupaciones?... ¿No estamos bien así?

—No—exclamó él secamente—. Usted seguiría siendo la amiga de él y yo tendría que bailar con usted cuando él quisiese y verla a escondidas como ahora... Yo quiero que usted sea libre, que me pertenezca solamente a mí.

Aquello, si no era una verdadera declaración tenía todos los visos de

ella, y Leona, dejándose llevar por el cariño que sentía por él, terminó echándole los brazos al cuello y diciéndole:

—Yo haré todo lo que tú quieras... Cuenta conmigo.

Al cabo de dos horas salía Raúl de la casa de Leona, teniendo ya

una compañera con la que el éxito era casi seguro.

Al día siguiente Leona se fué a vivir al mismo departamento del hotel en el que se hospedaban Raúl y su hermano y empezaron también los ensayos para actuar en aquel «music-hall» de Montmartre.

EL PRINCIPIO DEL TRIUNFO

Raúl abandonó su profesión de gícolo, no volvió más por el cabaret y su ausencia puso un poco de tristeza en aquellas damas que iban atraídas por la elegancia y por el arte del joven bailarín.

Su nuevo empresario, convencido de que Raúl triunfaría y sería un gran negocio para él, le hizo una brillante propaganda y por todas partes no se veía otra cosa que los carteles en los que aparecía el nombre de Raúl seguido del de Leona.

El público parisino, tan propicio a dejarse influenciar por aquella clase de propaganda, acudió en masa la noche del debut.

Raúl bailó como nunca lo había hecho. Toda su alma de artista resplandeció aquella noche, siendo ad-

mirablemente secundado por Leona. El arte de él, unido a la belleza de ella, los hicieron triunfar, y las ovaciones al terminar su primer baile fueron ensordecedoras.

Desde aquella noche, su nombre había quedado consagrado y ya todo lo restante fué fácil para Raúl.

De la admiración artística pasó a la admiración personal y no hubo mujer elegante en París que no fuese a ver al célebre bailarín con el deseo de poder bailar con él algún baile.

Esto mismo sucedía con los hombres. Leona poseía la suficiente belleza para fascinar a cuantos la habían visto sobre el pequeño escenario montado en la pista y los hombres se gastaban el dinero con el solo ob-

jeto de merecer de ella la aceptación de un baile.

El dueño del «music-hall» procuraba por todos los medios halagar a aquella pareja, principalmente a él, puesto que el negocio era fabuloso y esto daba lugar a que no escatimase la propaganda y a que la celebridad de Raúl fuese siendo cada día mayor.

Llevaban ya cerca de un mes trabajando juntos y Raúl sentía sobre sí el peso de aquellos amores con Leona. El nunca la había amado y Leona no había sido para él más que una compañera necesaria para conseguir el triunfo. No se sentía con fuerzas para amar a ninguna mujer y seguía burlándose de ese sentimiento que consideraba impropio de ningún artista que amase su arte.

Pero Leona no era del mismo pensar. Leona seguía amando a Raúl y procuraba conservarlo fuese de la forma que fuese. Veía con desesperación que se le iba, que le faltaba aquel poco de cariño que había conseguido de él y su lucha era continua.

A tal punto habían llegado que se pasaban los días discutiendo siempre sobre lo mismo y durante la noche, cuando Leona veía cómo las mujeres se lo disputaban, sus celos eran incontenibles y hasta bailando discutían.

Muchas veces, cuando advertía que

Raúl sonreía a alguna de las clientes, ella le decía:

—Raúl, así no podemos seguir... Yo no puedo tolerar esto.

El, sin dejar de sonreír, como si nada ocurriese entre ellos, le decía enérgico:

—Piensa que estamos trabajando y que todo el mundo está fijo en nosotros.

—¿Y crees que yo puedo consentir que flirtees así con todas?

—Tú ves visiones, mujer—respondió Raúl.

En aquel momento terminaron de bailar y Raúl la condujo hasta la mesa donde también estaba su hermano, convertido en un verdadero apoderado suyo.

Al pasar cerca de una joven que estaba sentada sola en una mesa, Raúl la saludó galantemente y esto dió lugar a que Leona tuviese un nuevo acceso de celos.

Pero la presencia de Mike la contrató algo y el apoderado estrechó las manos de los artistas diciéndoles:

—Esto marcha admirablemente.

—No va mal—respondió Raúl.

Uno de los clientes solicitó bailar con Leona, y mientras ésta bailaba con él, Mike le dijo a su hermano:

—Esta muchacha vuelve locos a los hombres.

—No me importa—le dijo a su

vez Raúl—. Ni siento celos, ni creo que deba sentirlos. Los que somos artistas no debemos tener más amor que nuestro arte.

—Pero Leona te es imprescindible. Además, ella te quiere... Ya sabes que no es una mujer con la que se pueda jugar fácilmente.

—¡Bah!—exclamó Raúl encogiéndose de hombros—. Es como todas las demás. No piensa más que en el amor, sin fijarse que hay otras cosas mucho más bellas.

Mientras hablaba con su hermano no dejaba de mirar a la muchacha que estaba sentada sola, frente a su mesa y entre ellos empezaron a cruzarse sonrisas significativas que no pasaron desapercibidas para Leona. En cuanto terminó de bailar, rehusó la invitación de su pareja y fué a sentarse junto a Raúl diciéndole indignada:

—Quiero hablar contigo.

—¿De qué?—preguntó Raúl, sospechando lo que le pasaba a Leona.

—Pues sencillamente para decirte que estoy cansada de bailar contigo en beneficio de otras.

—¡No sé por qué me dices esto!—respondió tranquilamente Raúl.

—Te lo digo porque para seguir así prefiero volver a casa con el vejstorio, que será un viejo, pero desde luego es mejor que tú.

Raúl procuró tranquilizarla y terminó diciéndole:

—Mira, Leona, déjate de tonterías, que no es este el lugar para discutir, y prepárate, que tenemos que bailar otra vez.

—Yo no bailo más. Si quieres bailar hazlo con una de tus amigas, que no te faltará con quien, pero conmigo no bailas más.

Mike intentó poner paz entre los dos artistas, pero Leona le atajó diciéndole:

—Es inútil, no puedo aguantarlo... No quiero servir más de tapadera... ¡Hemos concluido!... ¡Concluido!

Y sin dar tiempo a que Raúl le respondiese, se levantó airadamente de la mesa y se fué hacia su camerino, contiguo al de Raúl.

Este comprendió en el compromiso que lo ponía. ¿Cómo encontrar otra compañera en un día?

—¿Has visto qué carácter?—le preguntó a su hermano.

Mike sonrió, comprendiendo lo que pasaba por la muchacha, y le respondió a su hermano:

—Tú tienes la culpa. Lo único que quiere es un poquito de amor.

—Pero, comprende las cosas, Mike. El negocio es el negocio y esta mujer no lo sabe ver.

—Te advierto—le dijo su hermano—que no lo sabe ver así, ni esta mujer, ni ninguna. Día llegará

en que tú puedas comprenderlo.

—No digas tonterías—respondió Raúl—. ¿Crees que yo llegaré a enamorarme algún día? Además, no creo que se me crea a mí igual.

—Llevas razón, pero hay otra en tu contra—le dijo Mike—y es que la pagamos poco. Si se nos va tendremos que comenzar de nuevo.

Raúl quedó unos segundos pensativo. Comprendía la razón que tenía su hermano al hablarle de aquella manera y Mike, al verlo callado, siguió diciéndole:

—¿Qué trabajo te cuesta darle un beso que otro? Con eso la tendrás contenta y habrá paz. No hay artista que no se haya sacrificado por su arte, sacrificate también tú. ¿Cuántas cosas desagradables no hay que hacer por el negocio? Yo creo que tampoco te vas a morir porque le finjas cariño, piensa que lo haces por tu arte.

Raúl, cansado de oír el sermón de su hermano se levantó y se fué donde estaba la joven que había dado lugar a aquel disgusto. Era una mujer de la aristocracia inglesa. Se llamaba Lady D'Argon y apenas contaba veinticinco años.

La joven cuando vio se acercaba a ella le dijo amenazándole cariñosamente:

—¡Voy a reñirle por hacerme es-

perar! He estado un rato aquí sin verlo a usted... ¿Dónde andaba?

—Estaba ensayando con mi compañera—respondió Raúl, para excusar su tardanza.

—¿Algún baile difícil?—preguntó Lady D'Argon, maliciosamente.

—No, ya lo habíamos bailado, pero siempre es necesario ensayar.

Raúl la invitó a bailar y mientras estaban bailando, ella le dijo:

—Le traigo una gran noticia.

—¿Cuál?—preguntó Raúl vivamente interesado.

—Mi tía, la duquesa D'Argon, da una fiesta de caridad. Asistirá a esa fiesta el presidente de la República y toda la alta sociedad parisina.

Raúl comenzaba a comprender lo que quería decirle Lady D'Argon, pero se abstuvo de hacer ningún comentario, dejando que ella continuara diciéndole:

—Usted bailará en esa fiesta, ¿qué le parece?

—Una idea magnífica, verdaderamente admirable.

—El tomar parte en una fiesta así puede convenirle mucho.

—Ciertamente — la interrumpió Raúl.

—Además, quiero que usted vaya...

Raúl, ante la perspectiva de poder bailar ante la aristocracia, se dejó

llevar por su ambición y la atajó, diciéndole:

—Aquí hay mucho ruido y apenas si se puede hablar.

—Es verdad, es muy molesto este ruido y si pudiéramos hablar en otro sitio...

—En mi camerino hay quietud. ¿Quiere usted que vayamos?

Lady D'Arton, por toda respuesta, se cogió de su brazo y le sonrió provocativa. Raul comprendió que accedía y la llevó hasta su camerino, sin pensar que pudiera estar en él Leona.

Afortunadamente, ésta estaba en el suyo y hablaba con Mike, que había ido para convencerla y decirle que no era verdad que Raul no la quisiese. Leona, que por su parte ya estaba deseando hacer las paces, exclamó alegremente:

—¿Dónde está ahora Raul?

—Ha ido a plantar a esa boba. No sabía como deshacerse de ella. Yo creo que debes hablarle a él.

—Es que, la verdad, no me atrevo... ¡Cómo tiene ese carácter!

—Pues, tú sacas el tuyo y en paz —le dijo riendo Mike, al ver que por fin había conseguido lo que deseaba.

Entre tanto, Raul y su nueva conquista se hallaban en el camerino de él y ella le decía coquetamente:

—Le advierto que sólo puedo estar un minuto.

—¿Aunque yo le pida que esté

dos?—exclamó Raul galantemente, haciéndola sentar en el sofá que había allí.

Se sentó a su lado y le cogió las manos mientras ella le decía provocándole con la mirada y con el gesto:

—Mucho cuidado... La gente habla y mi marido podría enterarse de que he estado aquí.

—No tema, esta visita será un secreto entre los dos, un dulce secreto que perdurará siempre en mi alma, como algo inefable.

—Tiene que ser así—le dijo ella—. Este es un sitio muy visible. Yo conozco una torre...

—Imaginémonos que estamos en ella—se apresuró a decirle Raul, al mismo tiempo que la abrazaba y la besaba fuertemente.

En aquel instante apareció Mike, que venía seguido de Leona, y al ver a su hermano abrazado a la joven que había suscitado la disputa, se volvió rápidamente a Leona y le recomendó:

—No entres, no puedes entrar ahora.

Pero aquello fué mayor motivo aún para que Leona entrase y tuviese todavía tiempo de ver a Raul abrazado a Lady D'Argon.

Leona, con una sonrisa burlona, pero en la que se adivinaba la tempestad que se avecinaba, le preguntó a su compañero:

—Perdona... ¿Por qué no me has dicho que tienes visita?

—Es cuestión de negocios—respondió rápidamente Raul, dejando a Lady D'Argon.

—¿Negocios en tu camerino?—volvió a preguntar con sorna la muchacha.

—¿Querrás decir que no es verdad? Este es «mi» camerino y no tienes porque entrar a él para nada.

—Pues, úsalo para vestirme, no para traer a él a tus conquistas delante de mis propias narices.

Lady D'Argon quiso intervenir y le dijo:

—Está usted muy equivocada... Mi tía da una fiesta de caridad y...

—Sí, sí, ya comprendo. Una tía caritativa, ¿no es verdad?—la interrumpió burlonamente Leona.

Raul intervino y le dijo a Lady D'Argon:

—Usted perdone esta escena... Yo no sabía.

—No tiene usted nada que perdonarme—exclamó Leona—. Ya sé que ha venido nada más que por caridad.

—Así es, en efecto—replicó su rival.

—La duquesa D'Argon da una fiesta—le replicó Raul—. Asistirá el presidente y quiere que yo trabaje en ella.

—Raul ya ha aceptado—se apresuró a decir Lady D'Argon.

—Entonces no habrá inconveniente—respondió Leona—. Si Raul ha aceptado iremos los dos, pero recuerde que Raul es mío y es muy difícil quitármelo.

Lady D'Argon, cansada ya de aquella discusión y viéndose en una situación inferior a la de Leona, terminó diciendo:

—Creo que estamos perdiendo el tiempo inútilmente... Hablaré con mi tía y le avisaré.

Raul comprendió que no le avisaría, y ante el temor de perder aquella ocasión que se le presentaba, corrió solícito hasta la puerta de su camerino, acompañando a la joven y le dijo al despedirse:

—¿Volverá?

Lady D'Argon hizo un gesto displicente y le respondió:

—Sí, otro día... No se moleste... ya sé el camino.

Cuando salió la dama se volvió a donde estaba Leona y se encaró con ella diciéndole:

—Ya estarás contenta.

—Claro que sí—respondió la bailarina—. ¿Creías que era tan fácil deshacerte de mí?—Y cambiando su táctica, se sintió cariñosa y se acercó a él diciéndole:

—¿Verdad que me quieres, bregueto mío?

—¿Pero quién te hace meter en

mis asuntos?... ¿Por qué tienes que intervenir en ellos?

Leona siguió acariciándolo mimosamente y de nuevo le dijo:

—No me hables así, borreguito mío... Dime que me quieres...

Raúl miró desesperado a su hermano y éste le hizo una indicación con la cabeza para que dijese que sí, que la quería, y en vista que su hermano no seguía su consejo se acercó a la pareja y les dijo:

—Es divertido veros hacer el amor, pero pensad que afuera os esperan.

—Yo no trabajo hasta que me digas que me quieres—exclamó Leona, siguiendo abrazada a Raúl.

Este, ante la insistencia de las señas de su hermano, respondió finalmente:

—Te quiero.

—Dices que me quieres?—gritó alegremente ella.

—Con delirio—respondió Raúl, sin el menor apasionamiento.

—Entonces voy a vestirme para el próximo baile.

Salió a su camerino y mientras tanto Raúl le dijo a su hermano:

—He pensado mejor lo del baile de la duquesa y creo que no me conviene.

—¿Por qué?—preguntó su hermano.

—Porque sería complicar el sentimentalismo con el negocio. Le escribiré diciéndole que me perdone, pero que no puedo ir.

—Es lo mejor que haces—confirmó su hermano.

—Pues llame a la taquimeca para que tome la carta que ha de enviarle.

Mike fué a salir del camerino de su hermano, pero antes de que lo hiciera Raúl le dijo deteniéndolo:

—Aguarda, que tengo algo para ti. Sacó de un cajón de su tocador un anillo de serpiente y se lo entregó a su hermano diciéndole:

—Aquí tienes el anillo que tanto ambicionabas tener.

Mike quedó durante unos segundos en muda contemplación de la joya y al fin le preguntó a su hermano:

—Oye, ¿es de valor?

—Claro, hombre... ¿Crees que te iba a regalar una cosa de bisutería?

Y más contento que un chiquillo con zapatos nuevos, Mike salió del camerino dispuesto a hacer por su hermano cuanto fuera necesario.

UNA NUEVA PROPOSICION

Inmediatamente que salió Mike, Raúl se preparó para el baile que tenían que ejecutar a continuación, y cuando ya estaba casi vestido, colocándose la corbata, de espaldas a la puerta sintió que llamaban a la puerta y se acordó que había hecho venir a la taquimecanógrafa. Creyendo que era ésta, exclamó en voz alta:

—Adelante.

Entró la que había llamado y se sentó tras él de forma que no pudiera verla, por lo que Raúl, en la seguridad de que se trataba de la taquimeca, empezó diciéndole:

—Siéntese, que yo le dictaré lo que tiene que escribir.

La joven esperó a que Raúl se volviese para que la pudiera ver, pero éste, dedicado en absoluto a

hacerse el nudo del lazo, empezó dictándole:

—«Mi querida Clara: No dormiré tranquilo hasta que ese monstruoso insulto de que ha sido usted víctima...»

Se volvió en aquel momento y al ver a una desconocida exclamó sorprendido:

—¿Qué hace usted aquí?

La muchacha sonrió tranquilamente y le respondió:

—Nada. Yo le pedí permiso para entrar, usted me lo otorgó y además me invitó a sentarme, esto es todo.

Raúl sintió al ver aquella mujer una sensación que jamás había experimentado. La belleza de ella era incomparablemente superior a cuantas había visto en su vida. Era una muchacha rubia, pero de un rubio

dorado, excitante, y sus ojos, de una dulzura tal que parecían ofrecer el remanso tranquilo de un amor inalterable.

Durante unos segundos quedó absorto en la contemplación de aquella mujer, repasó con su mirada el cuerpo de perfectas líneas de ella y al fin pudo decirle:

—La verdad, no recuerdo ahora dónde haya podido verla.

Ella sonrió graciosamente, segura del efecto que había producido en él y le respondió:

—Usted no me ha visto nunca, ni sabe siquiera quién soy, pero estoy segura de que algún día el público me aclamará y por eso he venido.

Raúl la dejaba hablar sin atreverse a interrumpirla y la muchacha continuó diciendo:

—Me llamo Elena Bathaway.

—Tampoco la conozco por ese nombre—volvió a decir Raúl—. Es muy descortés hacerle esta confesión, pero yo soy muy claro en todos mis actos.

—Mejor todavía—respondió ella.—¿No lee usted el correo?

—Estoy muy ocupado y no me queda tiempo para ello. Es mi hermano quien lo lee por mí y me da noticias de cuanto interesante hay.

—Por eso no le dice nada mi nombre. Pero yo le he escrito diciéndole que quiero ser su pareja.

Raúl sonrió por primera vez durante aquella entrevista y comentó:

—De donde resulta que es usted como todas.

Elena movió la cabeza negativamente y respondió:

—Está usted equivocado. Soy diferente a todas. No le costará trabajo enseñarme.

—¿Cómo lo sabe usted?... ¿Tanta confianza tiene en sí misma?

—Absoluta... He trabajado con Ziegfeld.

—Pues le aconsejo que no cambie... A su lado se hará célebre.

—Pero tardaré mucho—respondió ella—. Usted, sin embargo, sube, sube rápidamente hacia la cumbre y Leona no puede seguirle. Necesita usted otra pareja.

Raúl, al oír expresarse de aquella forma a la desconocida, no pudo menos que echarse a reír y Elena le dijo:

—No tome usted a broma lo que le digo. Hablemos seriamente. Tengo grandes ambiciones y a su lado puedo satisfacerlas... Le he telefonado, le he escrito hasta tener calambrones. ¿Cree usted que si no estuviera segura de mí misma le habría cazado?

—De que me ha cazado no cabe duda... Pero ha sido casual.

—Todas las grandes cosas de la vida suelen ser casuales... Lo pre-

visto, lo que se piensa, por regla general no da resultado.

En aquel momento se abrió la puerta del camerino y apareció Mike, que al ver a su hermano con una desconocida le dijo:

—Perdona, creí que estabas solo.

—Ven, que te presentaré—le dijo Raúl. Y mostrándole a Elena le dijo: —Miss Bathaway... Mi hermano y mi apodreado.

Los dos se saludaron cortésmente y Mike, temiendo una nueva discusión entre Leona y Raúl, le dijo a éste:

—Borreguito mío está impaciente.

—Dile que en seguida acabo de vestirme y saldremos fuera.

Volvió a marcharse Mike y otra vez los dos jóvenes quedaron solos hablando sobre el mismo tema.

—¿Dice usted que es ambiciosa? empezó diciéndole Raúl.

—Mucho y nada me detendrá de ser su pareja.

—Pero es que en ese caso tendría que despedir a la que ahora tengo.

—Yo bailo mejor que ella y a usted le conviene. Con Leona no iría usted muy lejos, conmigo sí.

—Le advierto que a mi lado no se haría rica—volvió a decirle él.

Elena se encogió de hombros y respondió:

—Quien sabe. No solamente se

gana dinero con el arte, hay otros medios.

—¿Cuáles? —preguntó intrigado Raúl, sin poder comprender las palabras de la muchacha.

—¿Acaso usted no atrae a las mujeres?... ¿Por qué no puedo yo atraer a los hombres? Yo sé sacarles el dinero.

—Pues los compadezco—exclamó Raúl—. Desgraciado del hombre que se enamora de una mujer así, como usted.

—Pero eso no es para usted ninguna preocupación. Yo sé que usted no cree en el amor. Está en el mismo caso que yo, por eso nuestra unión artística sería mejor todavía.

—En ese aspecto tiene usted razón. Nada hay que me fastidie tanto como el amor. No comprendo a un hombre enamorado. Hay otras muchas cosas que valen más que el amor.

—Entonces, ¿se decide usted a aceptar mi proposición?—le preguntó Elena.

—Va usted muy aprisa—respondió sonriendo Raúl—. Antes quiero ver cómo baila.

—Comprendido—le dijo ella—. Señáleme usted día para probarme y lugar para hacerlo.

—¿Le parece bien el martes en mi misma casa?—le preguntó Raúl, deseando que ella aceptase.

—Conformes. El martes estaré en su casa para ensayar. Tengo la seguridad de que le gustaré y de que llegaremos a un acuerdo.

—Así lo deseo yo también—terminó diciéndole Raúl, mientras la acompañaba hasta la puerta.

Al entrar de nuevo a su cuarto se encontró a su hermano, que se hallaba indignado con su conducta, y le dijo:

—Leona está impaciente... Dice que no bailaréis.

—¿Y qué?—exclamó Raúl—. Ya estoy harto de Leona y de sus imposiciones. Ponte al habla con ese empresario de Londres.

Mike se le quedó mirando asombrado, como si no hubiera oído bien y le preguntó:

—¿Irnos?

—Sí, irnos—le confirmó su hermano—. No quiero continuar aquí más tiempo.

—Pero ten presente, Raúl, que ese empresario sólo ofrece un contrato por veinte semanas.

—Pues pídele más y en paz. Quiero bailar en un gran café del Boulevard. Triunfar allí.

—Mike se quedó mirando compasivamente a su hermano. Advertía que la ambición de Raúl no tenía límite y que por aquel camino nada bueno llegarían a conseguir. Des-

pues de unos segundos de reflexión le dijo:

—¿De qué te quejas, Raúl?... Lo tienes todo.

—Todo menos la fama que siempre ambicioné—exclamó Raúl—. No estaré satisfecho hasta que haya logrado mi objeto... Cuando esté entre príncipes y reyes.

Y poseído por aquella desmedida ambición, salió de su camerino, sin ganas siquiera de bailar.

El martes próximo se hallaba Raúl esperando la llegada de Elena. Durante los dos días que habían transcurrido no había podido apartar de su imaginación a aquella mujer de belleza tan extraordinaria. Sin embargo, ni siquiera se le ocurrió pensar en que pudiera estar enamorado de ella. Tantas otras habían pasado por sus brazos, sin dejar el menor rastro de amor, que ésta bien pudiera ser una de tantas.

Cerca de media tarde se presentó Elena en la casa de Raúl. Este estaba solo esperándola y la joven al entrar le dijo graciosamente:

—Muy buenas tardes... ¿Me he retrasado?

—Ha sido usted puntual, que ya es una buena condición en una mujer.

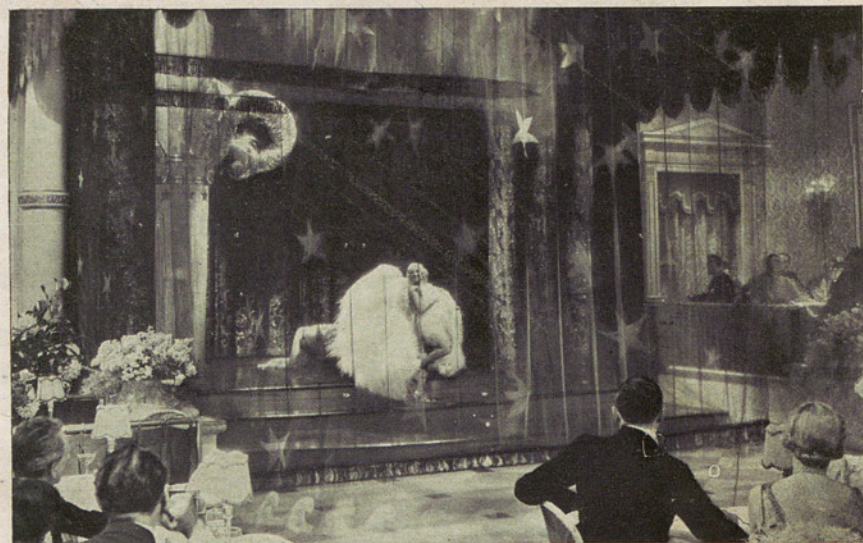
Elena sonrió sin responder a la galantería, mientras que Raúl se quedaba contemplándola.



— Imaginémonos que estamos en ella.



— Piensa que estamos trabajando.



La danza de los
abanicos.



- Elena tiene muchos
admiradores.



- Eres libre y puedes
hacer lo que quieras.



- El dinero que otros
ganan conmigo quie-
ro ganármelo yo.



- Puedes entrar siem-
pre que quieras.



En otro tiempo obte-
nía un gran éxito.



- ¿Quieres ser mi
compañera?



- ¡Elena!... ¿Tú aquí?



—Ves como no llego tarde.



—Vamos a bailar.

Ella ante esa insistencia y sin darle importancia, le dijo de nuevo :

—¿Ensayamos?

—¿Tanta prisa tiene?—le preguntó Raúl con verdadero interés.

—Mucho—repuso ella—. Estoy deseando saber si le sirvo o no.

—Pues probémoslo—le dijo el bailarín. Se acercó a la gramola y sacó un disco de uno de sus bailes más difíciles. Luego se volvió a Elena y al ver que permanecía en pie y vestida le preguntó :

—¿Qué lleva debajo?

—Lo corriente—dijo ella, sin darle importancia a la pregunta.

—Pues quítese el vestido—le ordenó Raúl.

—¿Es indispensable? — preguntó Elena, sonriendo.

—Desnuda puede bailar con más libertad; la ropa siempre es un impedimento para moverse.

—Pues no se preocupe, por mí habrá libertad absoluta.

Y sin oponer el menor reparo se quitó el vestido y se quedó con una camisita de seda, que apenas le llegaba por encima de las rodillas.

Cuando quedó en aquella forma se acercó a Raúl, que estaba vuelto de espaldas en la gramola, y le preguntó :

—¿Estoy bien así?

Raúl le habría contestado que admirable. Pero una vez más supo re-

frenar sus ímpetus y se contentó con decirle :

—Sí, de esa forma bailaremos mejor... ¿Qué quiere usted que bailemos?

—Me da igual—le dijo ella—. Podemos bailar lo que usted quiera.

—Elija usted — insistió Raúl—. ¿Un vals, un tango?

—Cualquier cosa—expresó indiferente Elena—. Me da igual. Le seguiré bien.

Raúl colocó el diafragma sobre la placa, puso en marcha la gramola y empezó a bailar con Elena. Desde los primeros pasos se convenció de que aquella mujer era una bailarina enorme, una bailarina como nunca había visto, y comprendió también que teniéndola por compañera podía triunfar más fácilmente. Indudablemente era aquella la mujer que él necesitaba, la que le hacía falta para conseguir lo que siempre había deseado, y, por lo mismo, al terminar el baile la dijo :

—Está bien... Sigue usted con mucha facilidad.

—¿Le parece que le serviré?—preguntó Elena.

—No lo dudo—le contestó Raúl.

Mas la conversación quedó interrumpida con la entrada de Mike que corrió a buscar a su hermano diciéndole :

—Aquí tienes el contrato de Londres. Fírmalo.

—No grites tanto—le dijo Raúl, advirtiéndole la presencia de Elena.

—¿No recuerdas a Miss Bathaway?

—¿Cómo no voy a recordarla?—exclamó Mike, admirando las bellas formas de la joven. Sin embargo, su admiración no duró mucho rato, puesto que Raúl le llamó la atención diciéndole:

—¿Qué hay del contrato de Londres?

—Ya te he dicho que lo tengo aquí. Ahora que el empresario de Montmartre nos pondrá pleito, pero nosotros iremos a Londres.

—¿Por cuantas semanas?—le preguntó Raúl.

—Treinta semanas a doscientos cincuenta por semana—le repuso Mike.

Raúl miró enfadado a su hermano y exclamó finalmente:

—¿Y cómo te atreves a ofrecerme un contrato en esas condiciones... Yo quiero el doble. Quinientos o nada.

Mike sentía que se le acababa la paciencia. Era ya demasiada ambición la de su hermano, y por lo mismo le dijo:

—Eres el hombre más testarudo que he conocido. Si quieres más dinero y crees que yo lo he hecho mal, te buscas a otro apoderado y en paz.

—¿Crees que no lo haré?—exclamó a su vez Raúl—. No te pongas moños que lo encontraría inmediatamente.

—Pues hazlo—terminó diciendo Mike—. Yo me volveré a la mina y en paz.

Dió un portazo y se metió en su habitación. Inmediatamente sacó su ropa y empezó a guardarla en la maleta. Mas al poco rato cambió de parecer. Comprendía que no estaría a gusto lejos de su hermano y se dirigió a la puerta para ir en su busca y volver a hacer las paces.

Esta misma fué también la idea de Raúl, y cuando Mike abrió la puerta se encontró con su hermano que venía a pedirle perdón. Mike fué el primero en hablar y le dijo sonriendo:

—Perdona, no había motivo para tanto.

—¿Qué haría yo sin ti?—le dijo a su vez Raúl.

—Además, que llevas razón—le dijo Mike—. Cualquier manager se haría rico contigo. Si no quieres firmar, no firmes y en paz.

Elena había cogido el contrato que ambos hermanos habían dejado sobre la mesa y al leer que el empresario ofrecía doscientas libras semanales exclamó:

—¿No le conviene un contrato que le ofrecen doscientas libras semanales?

Raúl se volvió rápidamente y exclamó:

—Pero, ¿no son francos?... ¿Dice ahí libras?

—Claro que sí—respondió Mike—. Por eso quería que lo firmases.

—Pues hecho—terminó diciendo Raúl—. Elena será mi pareja.

—¿Elena tu pareja?—preguntó asombrado Mike—. Es que el contrato estipula que sea Leona tu pareja.

—Eso es lo de menos. Al empresario lo que le interesa es que vaya yo. Mi pareja es lo de menor importancia.

Mike pensó en lo que aquello suponía. Conoció el genio de Leona y se preguntaba que quien sería capaz de darle aquella noticia. Ante aquella idea del drama que se avecinaba le dijo a su hermano:

—¿Y quién será el que se lo diga a la borreguita?

Pero no fué necesario que nadie se lo dijese, porque en aquel momento apareció Leona, y al ver allí a Elena se encaró con Raúl diciéndole:

—¡Me lo figuraba!... Estaba segura de encontrarte con alguna.

—Y yo me alegro de que hayas venido—le dijo Raúl.

Leona, ante el gesto de su compañero, quedó parada, dándose cuenta de que en aquella ocasión poco podría contra él, y Raúl siguió diciéndole:

—Leona, no podemos seguir juntos.

—¿Me echas?—preguntó ella asombrada.

—No te echo, pero te ligo que puedes irte.

—¿Y si yo no quiero?—preguntó Elena—. ¿Y si quiero quedarme?

—Puedes hacer lo que más te convenga, pero yo te digo que conmigo no cuentas más.

Se volvió a su hermano y le dijo autoritariamente:

—Págale, Mike, y que nos deje en paz. Ya es hora de que acaben estas escenas. Más perjuicios me has traído con tus ridículos celos que ventajas.

Leona lo vió todo perdido, pero aún intentó un supremo esfuerzo y le dijo:

—Tú no puedes echarme, te demandaré judicialmente.

—Haz lo que te dé la gana. Pero te aconsejo que busques a tu viejo y estarás mejor.

Y con el brazo extendido le señaló la puerta misma por donde había entrado. Leona, en presencia de Elena, no quiso discutir más y salió orgullosamente, acompañada de Mike, que cerró tras ella la puerta, mientras que Elena le decía sonriendo a Raúl:

—Algún día quizá me pase a mí lo mismo.

—¿Quién sabe?—respondió seriamente Raúl—. Nadie puede predecir lo que puede suceder.

—Sin embargo—prosiguió Elena—yo creo que nos avendremos.

—Por lo pronto, empecemos a avendarnos. Trate con mi hermano las condiciones del contrato... Yo de eso no me ocupo nunca.

Mike salió a preparar todo lo concerniente al viaje y otra vez quedaron solos Elena y Raúl, que le dijo a la joven:

—Me alegro de que las cosas hayan pasado así. Estoy seguro de que de ahora en adelante mi celebridad será mundial. Todos hablarán de mí. Ganaré fama y dinero, me codearé con la mejor gente, seré requerido por todos...

Elena miraba a aquél y poco a poco iba comprendiendo que en su corazón no había más que un sentimiento y éste era el de la ambición. Sonrió con alguna tristeza y le dijo:

—Estoy segura de que llegará usted a donde se propone. Tiene lo principal, que es ambición.

Raúl, en vista de que era ya su compañera, optó por tutearla desde aquel momento y le dijo riendo:

—Puedes creerlo... Tú también llegarás... Quizá te cases con un príncipe o con un duque y yo con una duquesa o con una princesa.

—No es nada extraño. Ambas co-

sas han sucedido y pueden volver a suceder—replicó burlonamente Elena.

Raúl también se dio cuenta de que aquella mujer era sentimentalmente diferente a cuantas había tratado. Tal vez por eso le atrajese con más fuerza que ninguna, pero por esta causa principalmente quería ponerse en guardia desde un principio y le dijo:

—Leona sólo pensaba en el amor. ¿Tú has amado alguna vez?

Elena se encogió de hombros y le respondió con una indiferencia glacial:

—Jamás he pensado en eso. Dicen que es interesante, pero nunca lo he creído.

—Pues entonces prométeme una cosa—le dijo Raúl—. Prométeme que si alguna vez flaqueo, cosa nada difícil, porque tú eres la mujer más hermosa que he conocido, me dirás que «no», me cerrarás la puerta de tu cuarto y no me permitirás la menor libertad.

—Prometido... Te lo juro... Hasta que algo nos separe, cerraré la puerta.

Se dieron las manos como dos buenos amigos y desde aquel momento quedó establecido entre ellos un sentimiento, que ambos procuraban hacerlo sencillamente amistoso.

EN LONDRES

Al día siguiente partieron para Londres para cumplir el contrato que habían firmado.

Tenían algunos días de tiempo, pero Raúl quiso salir inmediatamente de París para preparar su debut en Londres. Quería que todos los periódicos hablasen de él y esa fue una de las causas por las que partieron inmediatamente.

Fueron pasando los días y cada uno de ellos era para Raúl un tormento más al lado de Elena. Nunca como entonces se había dado cuenta de la belleza de su compañera y sentía rabia cuando veía que los hombres la admiraban.

Sin embargo, el que más le molestaba era Lord Coray, un joven aris-

tócrata inglés, que no faltaba ninguna noche y que siempre procuraba estar con Elena. En cuanto lo veía, Raúl sentía deseos de lanzarse contra él y abofetearlo. Quería explicar este sentimiento por el temor a que le quitase su pareja, pero no por el verdadero motivo, que era el de estar enamorado de ella.

Elena, a su vez, sentía también igual amor por Raúl, pero, mujer decidida a no dejarse ganar la partida, hacía frente a Lord Coray, segura de que excitaba los celos de Raúl.

Por otra parte, era una mujer calculadora y estaba convencida de que cuando Raúl viese su amor correspondido se cansaría de ella lo mismo que le había pasado con otras, y ella no estaba dispuesta a

amar más que una sola vez en la vida.

Antes del número de ellos actuaba una bailarina llamada Annette, una verdadera artista en la danza, que por aquel entonces causaba sensación con su número «La danza de los abanicos».

Aparecía la artista en el escenario sin más vestido que dos grandes abanicos de blancas plumas con los cuales bailaba y maniobra de forma tan precisa, que sin dejarlos un solo momento quietos no permitía tampoco que su cuerpo quedase ni un segundo al descubierto. Era una verdadera maravilla aquella danza y todas las noches tenía que repetirlas entre lo aplausos de la clientela que acudía al elegante café.

Mike era uno de sus más fervientes admiradores, y una noche, después de haberla visto actuar, entró en el camerino de ella y le dijo:

—No me canso de verla bailar. ¿Cuándo bailará esa danza con un solo abanico?

—No resultaría tan bonito—le respondió ella—. ¿Va usted a ir al camerino de su hermano?

—Sí—respondió Mike, comprendiendo que se le despedía.

—Yo le acompañaré—le dijo ella. Se echó un peinador sobre los hombros y salió al camerino donde es-

taba Raúl, ya vestido. Este al ver a su hermano le dijo:

—Sal y dile al maestro que toque con más alma, que parece que les falta vida a los músicos.

Annette había quedado apartada del grupo que formaban los dos hermanos y Raúl al verla tan callada le preguntó:

—¿En qué piensa usted, Annette? Ella sonrió y le dijo:

—Pensaba en usted y en que no es muy divertido bailar sola.

—¿No le gusta estar sin pareja?—preguntó Raúl sin dar importancia a sus palabras.

—No—siguió diciéndole ella—. Sería mucho más bonito aparecer en los carteles de la siguiente forma: «Annette y Raúl». Sería una pareja sensacional.

—¿Cree usted?—le preguntó Raúl, por decir algo.

—Ya lo creo que sería así. Ganaríamos mucho dinero, viajaríamos, nos haríamos célebres.

—Pero eso tiene un inconveniente—continuó diciéndole el bailarín.

—¿Cuál?

—Que yo tengo compañera, y buena.

—Pero podría perderla fácilmente. ¿Quién sabe si mucho antes de lo que usted se cree?

Raúl se volvió rápidamente a ella y preguntó con verdadero interés:

—¿Qué ha querido decir usted?... ¿Por qué me dice eso?

—No se asuste—respondió riendo tranquilamente la bailarina—. Pero ya debe usted saber que Elena tiene muchos admiradores.

Raúl se contuvo. No quiso que aquella mujer comprendiese los celos que esto le producía, y respondió con fingida tranquilidad:

—Sí, ya me he dado cuenta de ello. Elena es una mujer que gusta mucho.

—Sobre todo a Lord Coray. Me parece que quieren casarse.

—¿También sabe eso?—preguntó irónicamente Raúl.

—Yo sola, no. Lo sabe todo el mundo. Elena sería además, una tonta si no aceptase. Por lo mismo, le digo que si la cosa se formalizase, podríamos hablar de nuestra unión artística, ¿verdad?

—¿Qué duda cabe? Eso, en el caso de que usted no se haya casado también.

—Yo no es fácil que lo haga—respondió ella—. ¿Quedamos conforme en eso?

—Conformes—respondió Raúl, a la vez que se acercaba a la puerta del camerino de su pareja, y le decía sin entrar en él:

—¿Lista, Elena?

—Cuando quieras—respondió Elena.

Poco después, se hallaban bailando y Raúl advirtió la llegada de Lord Coray. El bailarín, sin poder contener sus celos, le dijo al oído a su pareja:

—Ya lo tienes ahí.

—¿Quién?—preguntó ella, fingiendo admirablemente y como si no se hubiese dado cuenta de la entrada de su pretendiente.

—¿Quién quieres que sea? Lord Coray.

—Ah, sí—exclamó ella—. Ya me extrañaba que no hubiera venido esta noche. No falta ni una.

—Sobre todo desde que tú trabajas aquí—comentó Raúl, mientras seguían bailando.

—¿Te molesta?... ¿Quieres que no me sienten en su mesa?

Raúl reaccionó inmediatamente. Se acordó de lo que en otro tiempo le había dicho a Elena y respondió rápidamente:

—¿Oponerme yo? Eres libre y puedes hacer lo que mejor te plazca.

Terminaron de bailar y los dos compañeros fueron a sentarse en una mesa que había vacía. Apenas estuvieron sentados se acercó un camarero y le dijo a él:

—Lady Rutherford le invita a su mesa.

Elena le miró sonriente y le dijo con cierta ironía:

—No puedes quejarte. Atraemos a

lo mejor de la alta sociedad de Londres.

Raúl se levantó para acudir al llamamiento de la dama que lo había invitado y Lord Coray aprovechó aquel momento para acercarse a la mesa donde estaba Elena, diciéndole:

—No me riñas porque he venido.

—Me prometiste que no vendrías aquí.

—Lo sé, pero no he podido resistir al deseo... Hacía muchas horas que no te había visto y ansiaba volver a estar a tu lado. Si no te veo todas las noches no puedo dominar mis nervios.

Y mientras que ellos hablaban, Raúl no podía apartar la vista de ellos, hasta el punto de que Lady Rutherford le dijo insinuante:

—Elena es muy atractiva, ¿verdad?

—Tiene que serlo — respondió Raúl—. Nosotros los artistas, nos debemos al público.

—¿Y no sienten ustedes a veces celos el uno del otro?—preguntó la dama—. Vamos, quiero decir si no siente usted celos de que Elena tenga que alternar con algunos caballeros.

—Es nuestra obligación. Además, entre Elena y yo no hay más lazos que el de ser compañeros de trabajo.

Lord Coray insistía en aquellos momentos en su deseo de casarse con Elena y le decía amorosamente:

—Elena, bien sabes que te quiero. Estoy loco por tí y quiero casarme contigo lo antes posible... ¿Por qué no accedes a mi pretensión?

—Porque todavía no es tiempo—respondió ella—. Apenas si nos conocemos y para hacer eso hay que pensarlo mucho.

—Como tú quieras — respondió el Lord—pero vámonos de aquí. Hay demasiado gente. Cenaremos fuera, donde no haya música y podamos hablar.

Elena accedió a la pretensión de Lord Coray y se levantó para cambiarse de ropa, al mismo tiempo que Lady Rutherford le hacía la misma proposición a Raúl. Este, al ver que Elena entraba hacia el camerino, aprovechó la invitación de la dama para decirle:

—Le ruego que me perdone. Voy a cambiarme de ropa y en seguida estaré con usted.

Entró en su camerino y se encontró allí a su hermano, que iba elegantemente vestido, y le dijo bromeando:

—Miren al minero. Va más elegante que un Lord.

Mike se contoneó para que le pudiera ver el traje que llevaba y respondió:

—Me lo ha hecho el mismo sastre

que viste al príncipe. Esta noche hablé con Lord Coray y lleva otro igual.

—¿Con Lord Coray? — preguntó Raúl fingiendo indiferencia.

—Sí, hombre, tú también le conoces. Su padre es el dueño de todo el carbón de Inglaterra... Es ese petimetre que le hace el amor a Elena... ¿Acaso no lo sabes?

Raúl, molesto al ver que todo el mundo sabía que aquel hombre le hacía el amor a su pareja, respondió a su hermano de mal humor:

—No me importa... Además, ¿qué juicio tienes formado tú de Elena?

—Muy bueno—respondió Mike—es la compañera ideal que te convenía. Atrae duques, condes, marqueses... Ahora no estarás quejoso de tu suerte.

—Algo sí — respondió Raúl.

—¿Todavía quieres más?

Raúl hizo sentar a su hermano y le dijo:

—Mira Mike, ya nos quedan pocos días de actuación. Dentro de tres días se acaba nuestro contrato.

—Pero el empresario no tendrá inconveniente en prorrogarlo.

—El empresario puede ser que no tenga inconveniente, pero yo sí lo tengo.

Mike lo miró sorprendido. No podía comprender cuáles eran las intenciones de su hermano ni hasta qué

punto podrían llegar sus ambiciones. Ante su mirada interrogativa, Raúl continuó diciéndole:

—Ya sabes que muchas veces te he hablado de establecer un club propio. Ahora tenemos dinero de sobras para realizar esta idea y quiero ponerla en práctica.

Mike seguía en silencio, sin querer interrumpir a su hermano, que siguió diciéndole:

—El dinero que otros ganan conmigo quiero ganármelo yo mismo. Iremos a París y abriremos un club que llame la atención por su originalidad.

Mike se echó a reír y llevándose un dedo a la sien, le dijo:

—¿Me parece que tú estás loco?

—No es ninguna locura. Allí Elena triunfará lo mismo que ha triunfado en Londres.

—¿Y por qué te preocupas de Elena?... ¿No puede ser otra cualquiera?—preguntó Mike.

—No, porque Elena causa sensación... En París hará furor.

—¿Y si no quiere ir?... Aquí está Lord Coray y no creo que Elena vaya a ser tan loca que quiera perder la ocasión de una boda como esa.

Raúl se quedó mirando a su hermano. Jamás sus ojos habían despedido tanto fuego como en aquel momento y le dijo secamente:

—Elena vendrá a París... porque yo quiero. ¿Me has entendido?

Mike se dió cuenta de lo que pasaba por su hermano. Empezó a comprender que aquel estaba enamorado de su pareja y le respondió tranquilamente:

—Sí... ya veo... Me parece que voy comprendiendo... Hasta luego.

Y sin querer proseguir la discusión salió de su camerino dejándolo solo.

Durante aquellos segundos, Raúl sufrió lo indecible. Comprendía ahora que no podía vivir sin Elena, que le hacía falta aquella mujer no como artista, sino como mujer. Estaba enamorado de ella y lo peor del caso es que quería sobreponerse a aquel amor. No quería aparecer ante los ojos de ella como un vencido y hacía esfuerzos por mantener una indiferencia que no era verdad.

A los pocos momentos de haberse marchado Mike, llamó Elena a la puerta del camerino de Raúl y preguntó desde fuera:

—¿Se puede?

—Pasa Elena — le respondió inmediatamente Raúl.

Elena entró en el camerino y le dijo para justificar su presencia:

—Perdona que te haya molestado, pero se trata de un solo momento y en seguida me voy.

—No seas tonta—le dijo Raúl—.

Ya sabes que puedes entrar siempre que quieras.

—Pero también sé que no debo hacerte—exclamó ella—. Tengo muy presentes tus palabras.

—Bueno — la interrumpió Raúl—. ¿Se te ofrece algo?... ¿Quieres algo de mí?

—Pedirte un consejo—le dijo ella.

—¿Un consejo?... ¿De qué se trata?

—De Lord Coray—le contestó Elena, mirándolo fijamente para ver el efecto que le hacía aquel nombre.

Raúl por un momento sintió que la sangre se le paralizaba en las venas, pero tuvo bastante fuerza de voluntad para seguir disimulando y le dijo:

—¿Y qué es lo que quiere Lord Coray?

—Quiere casarse conmigo. Esta noche me lo ha pedido otra vez... ¿Qué debo hacer?

—¿Has aceptado tú? — preguntó Raúl.

—Aun no, porque quería que tú me aconsejaras... Quería ver que te parecía.

Raúl sintió un malestar indefinible. Le molestaba que fuese ella precisamente quien viniera a hablarle de aquellos amores, cuando ya Elena debería haberlo conocido que él también estaba enamorado de ella. Por

lo mismo se contentó con exclamar:

—¿Acaso es mi boda?

—No, pero creí que te importaría.

—Claro que me importa — respondió Raúl—. Eres una compañera ideal. Los dos sentimos el baile tal como debe sentirse y me duele que te vayas, pero en fin, si no hay más remedio, ¿qué voy a hacerle?... No es esta la primera vez que sustituyo mi pareja.

—Todo será un par de semanas—le dijo Elena—. En dos semanas preparas a la que haya de sustituirme.

—Sí—exclamó Raúl, fingiendo que se hacía el nudo de la corbata—. En dos semanas más o menos estará todo arreglado... Pero eso no debe ser obstáculo para tus planes. ¿Tú quieres a Lord Coray?

—Si te voy a ser franca, no lo sé bien. Algunas veces creo que sí, pero otras... En fin, es una boda que me conviene.

—Es una lástima—le dijo con tristeza Raúl—. Una verdadera lástima.

—¿Una lástima?... ¿Por qué?...—preguntó con interés ella, creyendo que él iba a confesarle lo que tanto tiempo hacía que ella deseaba.

—Porque pensaba ir a París contigo. Abrir allí un club propio. He escrito una música originalísima, una especie de danza exótica, con pasos de tango y de rumba que llamaré «Bolero». Bailaré esa danza y pensaba bailarla contigo... Pero, dices bien, a tí eso ya no puede interesarte, tú tienes otros proyectos.

—¿Quién ha dicho que no me interesa?—preguntó inmediatamente la muchacha—. Dímelo todo.

Raúl se sintió nuevamente optimista y siguió diciéndole:

—Verás, se trata de un tablado circular rodeado de nativos con piel tostada. Su música es candenciosa y nosotros dos en el centro de ese tablado, como si fuéramos dos esculturas, bailaríamos el «Bolero».

—¡Admirable!—exclamó Elena—. Yo voy contigo. Le diré al Lord que no puedo casarme y ya verás el éxito que tenemos en París.

Y nuevamente los dos compañeros que tan profundamente se amaban, sin que ninguno de ellos quisiera ser el primero en confesarlo, sintieron la ilusión de aquel viaje donde podrían seguir obteniendo la celebrad que ya habían alcanzado.

HACIA PARÍS

El mismo día que terminó el contrato con el empresario de Londres, Raúl, Elena y Mike partieron hacia París. Antes de ir a la capital de la República Francesa, Raúl quiso visitar Bélgica, donde estaba enterrada su madre. El era hermano de padre de Mike y por eso antes de comenzar aquella nueva etapa de su vida, sintió el deseo de hacer una visita a la tumba de su madre.

Mientras ellos se quedaban en Bélgica, Mike había partido para París con el fin de hacer las primeras gestiones para que cuando llegaran los bailarines, estuviera ya todo casi a punto.

En aquellos días que Elena y Raúl pasaron en Bélgica, vivieron intensamente el sueño de aquel amor que les unía.

El primer día de su llegada se fueron al cementerio y después de tomar unas fotografías del lugar donde estaba enterrada la madre de Raúl, volvieron a la ciudad para buscar una fonda donde hospedarse. El cementerio donde estaba enterrada su madre era el de una pequeña población belga, y las fondas escaseaban mucho. Por fin dieron con una casa donde podrían cenar y dormir y Raúl le dijo a la dueña:

—Queremos dos habitaciones para dormir.

La pobre mujer, tomándolos por unos recién casados y sin entender el inglés, al ver que con los dedos le señalaba dos, creyó que pedían una cama de matrimonio y les dijo que sí con la cabeza.

—¿Vamos a verla? — le preguntó

Raúl, valiéndose del lenguaje mímico.

La buena mujer tomó un quinqué y echó escaleras arriba hasta llegar a una habitación espaciosa donde había una cama con dos almohadas. Les señaló la cama y sonrió ufana de poderles ofrecer aquella estancia:

—¿Y la mía?—preguntó Raúl.

La dueña afirmó con la cabeza, creyendo que le decían que ya se podía marchar y se fué cerrando la puerta tras ella.

Los dos jóvenes se quedaron un momento indecisos sin saber que hacer, hasta que Elena le dijo:

—Habrás ido por otra linterna.

Raúl se echó a reír. Desde que había llegado allí se encontraba más animoso. Había desaparecido de él aquel gesto que siempre fué su característica y Elena advirtiéndolo le dijo cariñosamente:

—Hemos hecho bien en venir.

—¿Por qué?—preguntó él con cierto interés.

—Porque esto te ha sentado bien. Se te ve muy mejorado.

Raúl se acercó a ella, le cogió las manos amorosamente y le preguntó ansiosamente:

—Muy mejorado?

—Mucho—le dijo ella—. No sé que ha pasado en tí, pero eres otro hombre distinto.

—¿Y si te dijera que todo este cambio se debe a tí?

—¿A mí?—preguntó ella con cierto asombro—. ¿En qué he podido yo influir, para que cambies así?

—En que te amo, Elena—le confesó él, apasionadamente—. Eres el único amor de mi vida.

Ella sonrió incrédula, y le dijo:

—No te creo, Raúl. Tú no puedes tener un amor... No te comprendo.

—Pero me comprendo yo y eso basta—exclamó Raúl, cada vez con mayor vehemencia.

Los dos jóvenes quedaron por unos segundos en muda contemplación. En la mirada de ambos se advertía la pasión que iluminaba sus almas y Raúl, rompiendo el dulce silencio de aquel momento, le dijo:

—Sabes lo que se me ha ocurrido?

—Dímelo—le preguntó ella.

—Pues que si las cosas fuesen distintas, habría pedido una sola habitación.

Elena se echó a reír y exclamó:

—Vaya una tontería... ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa?

—¿Te parece una tontería?

—Claro que sí... ¿Cabe mayor tontería que decir eso?

—Es que yo sé lo que quiero decir, pero no sé como decirlo—respondió Raúl.

—Yo si sé por qué no sabes de-

cirlo, por lo mismo debes irte—le dijo ella, riendo graciosamente.

—¿Qué es lo que tú sabes?—preguntó Raúl—. Dime, ¿qué has pensado?

—He pensado en lo que me dijiste cuando nos conocimos, acuérdate. Estas fueron tus palabras: Si alguna vez flaqueo ciérrame la puerta.

Raúl bajó la cabeza. Recordaba perfectamente aquel consejo suyo. Aquellas palabras eran las mismas que él había dicho, era cierto, pero entonces no podía él sospechar que fuese a amar a Elena de la forma que la amaba. Elena había cambiado por completo su forma de pensar de lo que era el amor, comprendía ahora que no había dicha más grande que la de sentirse amado por la mujer que se quiere y al ver que había llegado tarde para saborear las dichas de aquella pasión, sintió que toda su alma se desvanecía de desfallecimiento.

Pausadamente fué acercándose a la puerta para salir de la habitación, seguido por la mirada de Elena, que hubiera querido detenerlo. La suya era una angustia igual que la de Raúl. Elena hubiera querido en aquellos momentos que Raúl se viese vencido por el amor y que corriera a ella, para decirle que aquellas frases, di-

chas en un momento de incompreensión, no tenían valor ya para él.

Poco a poco Raúl fué cerrando la puerta, pero antes de que quedara del todo cerrada, la abrió violentamente y volvió a entrar en el cuarto. Sin decir nada, cogió entre sus brazos a Elena y la besó con una pasión que nunca había hecho.

—No puedo, Elena—le dijo al fin—. No puedo vivir sin ti. Te amo y ahora comprendo que el amor es lo único que vale la pena en la vida. Dime que me amas tú también.

—¿Necesitas que te lo diga?—preguntó ella riendo—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que te amé desde el primer día? Mucho me ha costado conseguir este momento de dicha, pero la que siento es tan grande que todo lo doy por bien empleado.

Y tiernamente enlazados en aquel abrazo que debería unir sus vidas para siempre, se juraron amarse para mientras vivieran.

Fueron días de un idilio ininterrumpido los que sucedieron a aquel. Raúl había cambiado por completo. Ya no era el hombre ambicioso que sólo pensaba en su triunfo y en el negocio. Era otro ser completamente distinto. En sus excursiones con Elena no volvió a hablarle de aquel club con el que siempre soñó. Cuando estaba a su lado no sabía hablarle

más que del amor que sentía por ella, de la pasión que había nacido en su pecho y Elena se senta infinitamente feliz.

Tan solamente una idea nublaba aquella dicha en la que ambos vivían y era ésta el pensamiento de Elena de que Raúl pudiera cansarse de ella. No estaba muy segura de que Raúl hubiera podido matar en su alma aquellos sueños ambiciosos que siempre tuvo. Comprendía que era muy difícil poder cambiar en tan breve espacio de tiempo. Bien es verdad que el amor suele a veces realizar milagros, pero el de aquella ocasión era demasiado grande para que Elena pudiese creer en él. Tenía únicamente la esperanza de dominar aquellos impulsos ambiciosos a fuerza de cariño, hacerle comprender que en la vida existe algo más hermoso, más duradero que la celebridad conseguida con el sacrificio de una vida y esta esperanza era la que la hacía ser para Raúl mucho más cariñosa y amorosa.

El Lord había desaparecido por completo de su imaginación. Jamás había sentido por él un verdadero cariño y si en un principio aceptó la idea de casarse con él fué más que que por nada por huir del lado de Raúl, donde la vida era para ella un verdadero tormento, al ver con la indiferencia que la trataba, mientras

ella suspiraba por una palabra cariñosa suya.

Pero todo tiene su fin en la vida y también la tuvo la estancia de los dos enamorados en Bélgica. Las cartas de Mike reclamaban la presencia de la pareja, para dejar ultimado todo lo concerniente a la apertura del club y tuvieron que marchar hacia París a emprender de nuevo aquella vida que Elena habría dejado con la mayor alegría de su alma. Le temía al ambiente en que habían de vivir nuevamente, aquel ambiente artificioso y embustero, donde se vendían las sonrisas y las caricias, sin poner en ninguna de ellas nada del alma del que las prodigaba.

En París nuevamente Raúl se sintió atraído por su arte, por sus esperanzas de triunfo y sin que Elena pudiera achacarle ningún desvío, advertía que era otra vez el artista el que se interponía al hombre.

Raúl, gran conocedor del negocio, supo rodear la apertura de su establecimiento de una reclame tal, que fué la nota sobresaliente de la alta sociedad. Durante varios días antes en París no se hablaba de otra cosa que de la apertura de aquel club y de la aparición de los célebres bailarines, que en Londres habían obtenido un triunfo tan señalado.

Así las cosas, llegó el día de la inauguración y desde el primer ins-

tante se vió la amplia sala absolutamente atestada de público.

Generalmente se alababa el gusto que había precedido en la ornamentación del club, pero estos elogios que en otras ocasiones habrían dado lugar a verdaderas demostraciones de entusiasmos, en aquellos días no era más que un débil comentario, puesto que otro acontecimiento mucho mayor abarcaba el pensamiento de los parisinos.

La política internacional se hallaba en unos momentos álgidos. Se advertía la tirantez entre las naciones y se esperaba de un momento a otro una declaración de guerra. En todas partes, en todos los clubs, cafés y teatros no se hablaba más que de la posibilidad de la guerra. Esta se respiraba en el ambiente de cualquier lugar y los brillantes uniformes de los oficiales advertíanse por cualquier sitio, indicio ineludible de que la guerra era una cosa hecha.

Ese sentimiento patriótico que se despertó en los primeros meses de la guerra hacía de cada francés un héroe y cada uno quería contribuir en la medida de sus fuerzas al salvamento de la patria.

Los ídolos se venían abajo, las celebridades sucumbían ante los héroes bélicos y todo se hallaba subordinado a las últimas noticias que daba

el ministerio de la guerra sobre el curso de las negociaciones.

Y en estos momentos de tan intenso delirio patriótico fué cuando Raúl abrió su club. No obstante, vió con satisfacción que la propaganda había dado su resultado y que el público había acudido en la medida de sus deseos.

Mike se desvivía por atender a la clientela y al final entró al camerino de Raúl, diciéndole:

—¡Qué noche! ¡He tenido que colocar catorce mesas y aun no hay bastantes!

—¿Qué dicen los periódicos?—preguntó Raúl.

—Hoy no hablan más que de la guerra.

Raúl comprendió que al día siguiente su inauguración iba a pasar desapercibida con el acontecimiento bélico, y exclamó:

—Mañana no tendrán espacio para hablar de la inauguración del club... Es una verdadera fatalidad el que se haya declarado la guerra.

—Todavía no es cierta — respondió Mike—. Todo hace suponer que de un momento a otro se declare, pero también puede ser que se arregle diplomáticamente... En fin, vosotros a lo vuestro, que falta solo cinco minutos.

Raúl llamó a Elena y ésta le respondió desde su camerino:

—Ya estoy lista.

Segundos después, y como buena francesa pensó también en las posibilidades de la guerra, y le preguntó a Raúl:

—¿Qué piensas de la guerra, Raúl?

—¡Qué nos va a fastidiar nuestro negocio!

—Y si se declara... ¿Tú no irás, verdad?

—Claro que no — respondió convencido Raúl—. ¿Me crees tan bobo?

Elena sintió un verdadero pesar ante aquella respuesta. No quería que Raúl se expusiera a los peligros que la guerra lleva consigo, pero tampoco esperaba oírle expresarse de aquella forma tan despectiva. No pudo contenerse y le recriminó cariñosamente, diciéndole:

—¡Otros van!

—Otros sí, pero yo no — siguió diciéndole él—. ¿Te gustaría a tí que yo fuese?

Elena se abrazó a él y exclamó:

—De ningún modo... Yo te quiero a mi lado.

Se besaron cariñosamente y salieron a la pista, para dar comienzo a aquel baile con el que Raúl esperaba conseguir el mayor éxito de su vida artística.

Al aparecer ellos en la pista, sonaron algunos aplausos y Raúl ad-

virtió que todo el mundo seguía hablando entre sí. No cabía duda de que el tema de la conversación general era el de la guerra.

De pronto se apagaron las luces y los potentes reflectores alumbraron a la pareja. La música empezó a tocar una danza exótica, en cuyos acordes había pasos de rumba, de tango y vals. Era una exquisita mezcla de todo aquellos bailes en los que Raúl era un maestro consumado.

A lo lejos empezó a sentirse el toque de cornetas y bandas de músicas que interpretaban La Marsellesa, signo seguro de que la guerra se había declarado y Raúl veía que el público no le prestaba ninguna atención. Todos esperaban ver llegar de un momento a otro las bandas entonando el belicoso cantar patriótico y Raúl supo ponerse a tono con aquel instante y exclamó, dejando de bailar:

—¡Basta!... ¡Basta!

Cesó la orquesta de tocar y cuantas personas se hallaban en el club miraron hacia la pista extrañados de aquella interrupción:

—¿Qué pasa?—le preguntó Elena.

—Ahora lo sabrás — le dijo Raúl, decidido a dar un golpe de propaganda.

Se adelantó hacia los espectadores y sin la menor emoción les dijo:

«—Señoras y señores... Con el per-

miso de ustedes no terminaremos nuestro baile. No es esta la hora de bailar... Esta noche no nos pertenece... Esta noche es de Francia.»

Una salva de aplausos premió las palabras del bailarín, que siguió diciéndoles:

—Yo soy belga y mañana me alistaré en el ejército de mi país. No volveré a bailar hasta que la guerra haya terminado... ¡Viva Francia!

La orquesta terminó ejecutando La Marsellesa y el público, puesto de pie, cantaba y aplaudía.

Elena entró corriendo al camerino donde estaba ya Mike, quien llevándose las manos a la cabeza, le dijo:

—Has oído a Raúl?... ¡Se ha vuelto loco!... Procura quitarle esa idea de la cabeza.

—¡Nunca! —respondió Elena, entusiasmada por aquel contagio patriótico—. Ahora le quiero más que nunca.

—Pero tú sabes el papel que hará Raúl de uniforme... El no puede sentir ese sentimiento porque apenas ha vivido en Europa.

—¿Qué más da?—exclamó Elena—. Raúl es belga, es noble, y luchará por su patria.

—Estáis los dos locos... Yo haré que desista de ese propósito.

—Tú no harás eso. No serás tan antipático. Además, me alegro que

luche por Bélgica, porque la quiero como si fuera Francia, más aún.

—¿Por qué? —preguntó extrañado Mike.

—Porque allí fué donde le encontré, como yo le quería, allí fué donde conocimos el amor que nos teníamos, este amor que ahora me tiene loca por él. Es un valiente, un patriota. ¡Así son los hombres!

Y la muchacha, contagiada por el patriotismo de todos, no encontraba palabras suficientes para hacer resaltar el valor de aquel gesto de Raúl.

Al cabo de unos segundos, entró Raúl, y su hermano se encaró con él, diciéndole:

—¿Qué has hecho, estúpido?... ¿Qué te ha pasado?

—¡Triunfamos —exclamó alegremente Raúl—. Y lo gracioso es que todo se debe a tí—le dijo a Elena.

—¿A mí?—preguntó la muchacha, extrañada—. ¿Qué he hecho yo?

—Pero todavía no me habéis entendido—exclamó asombrado Raúl—. Este gesto me hará célebre en toda Europa.

—¿Qué te hará célebre la guerra?—preguntó Elena—. Expícatelo, que no te comprendo.

—Pero, ¿de qué guerras hablas?—le preguntó Raúl.

—De la que se ha declarado, de la que tú has dicho que ibas a ir... ¿Acaso no es cierto?

—Ya lo creo que es cierto, ya lo creo que iré... Verás qué propaganda.

En el corazón de Elena se albergó una gran desilusión. Ella había creído en un principio que el gesto de Raúl era el de un verdadero patriota y ahora resultaba que hasta aquel sentimiento lo aprovechaba para sus miras interesadas.

—Dices que la guerra te hará una propaganda?—preguntó tímidamente ella.

—Claro que sí, cuando regrese todo el mundo recordará el gesto mío de esta noche y mi club será el más concurrido de todos.

—Ahora voy comprendiendo—le dijo Mike—. Ya me extrañaba a mí que tú... Pero, hay un inconveniente... ¿Tú sabes que volverás?

—Claro que sí... Esta guerra no dura ni un mes y antes de que yo haya podido salir al campo ya se habrá terminado. Durante todo ese tiempo me haré muchos retratos de uniformes... Mañana mismo me haré el uniforme. Vendrán a despedir-

me muchas mujeres y se hablará en los periódicos de mi partida.

Elena guardaba silencio, sintiendo íntimamente el dolor que le causaba las palabras de Raúl, y éste al advertir el silencio de ella, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Que he sufrido la desilusión más grande de mi vida—respondió Elena—. Te creí un héroe y no eres más que un soldado de plomo sin alma.

Raúl intentó hablar, pero ella lo calló, diciéndole:

—No me expliques nada... Todo lo que puedas decirme lo he comprendido... Eres un egoísta y me voy ahora mismo. Adiós.

Raúl intentó detenerla, pero Elena lo rechazó, diciéndole:

—No me detengas... Ya no podría estar a tu lado... Para tí antes es el egoísmo propio que todo lo demás.

Y sin esperar a más salió de allí, llevando dentro de su alma el dolor que le había producido aquel desengaño del hombre a quien tanto había amado.

LA GUERRA

Los cálculos de Raúl no salieron tal y como él se los había hecho. La guerra duró más de un mes y más de un año y él se vió envuelto en aquella vorágine de sangre y odio que inundó toda Europa. Mike no había querido separarse de él y también se alistó para poder velar por su hermano.

Los días pasaban con una lentitud desesperante, sin que los gobiernos parecieran acordarse que en los campos se sacrificaban diariamente infinidad de vidas humanas y se tiraban millones y millones inútilmente. La locura persistía cada vez con mayor horror y los medios combativos eran cada vez mayores.

Raúl y su hermano habían sido destinados al frente francés y allí no

sabían nada de lo que ocurría en el mundo, en aquel mundo que parecía vivir tranquilo, sin sentir cerca de él el estampido de los cañones y el tableteo de las ametralladoras.

Afortunadamente, hasta entonces Raúl y Mike no haban tenido ninguna desgracia. Habían tomado parte en muchos combates y la suerte pareció protegerlos contra todos los elementos guerreros del enemigo.

Pero después de aquellos momentos de lucha, cuando la calma aparente reaparecía, Raúl se sumergía en sus pensamientos. Pensaba en Elena, en aquella mujer a quien amaba con toda su alma y de la que nadie sabía nada.

Por fin, un día cayó en manos de Mike un trozo de diario francés. En

él venía la fotografía de Elena y a su lado la de Lord Coray. Se había realizado lo que parecía inevitable, el casamiento de Elena y del Lord.

Raúl, al ver que su hermano pretendía ocultarle aquel trozo de periódico, se lo quitó de las manos y leyó que Elena se había casado con el Lord.

En sus ojos apareció una lágrima de tristeza, y Mike, queriendo darle ánimos, le dijo:

—No te apures... Esto era de esperar.

—Después de todo hay que alegrarse... Coray es un buen chico y mejores que Elena no las hay.

—Llevas razón—respondió Mike—pero yo no me apuraría, ni me afligiría por eso. Lo que sobra en el mundo son mujeres y si sigue la guerra me parece que no van a quedar más que ellas.

Los días siguientes fueron para Raúl de una verdadera pesadilla. El recuerdo de Elena lo perseguía por todas partes y entraba a los combates sin otra preocupación que su recuerdo.

Nunca como entonces luchó con más ardor. Quería aparecer ante los ojos de Elena como ella lo había querido, como un verdadero héroe y elegía los sitios de más peligros, hasta que finalmente en uno de los ataques cayó bajo el plomo enemigo y

sus gases. Fué recogido por las ambulancias y llevado al hospital de sangre, donde los facultativos lucharon con él entre la vida y la muerte.

Su naturaleza robusta venció el mal y sobrevivió a las heridas que había recibido. Sin embargo, otra herida mucho más dolorosa había dejado en él aquella guerra. Las heridas de las balas se curan para siempre, pero las consecuencias del gas resultan incurables y dejan al hombre convertido en un simple muñeco de papel, expuesto a caer al primer soplo.

La guerra dió su fin, cuando aun estaba Raúl convalesciente y el doctor, al darle ya de alta, le dijo:

—Ahora debe hacer una vida muy comedida... Tiene que cuidarse mucho.

—¿Acaso corro algún peligro?—preguntó ansiosamente Raúl.

El médico calló sin quererle decir la verdad, pero ante la insistencia de Raúl terminó diciéndole:

—Si quiere saberlo, se lo diré. Ya no volverá a tener más el corazón y los pulmones como antes...

Raúl lo miró incrédulamente y el facultativo continuó diciéndole:

—Quiero indicarle la clase de vida que ha de llevar... Procure no cansarse con ejercicios violentos y sobre todo huya de cualquier emoción por pequeña que sea.

A los pocos días, Raúl salió del hospital. Todo estaba en silencio. Parecía como si sobre la tierra hubiera caído una maldición y los hombres procuraran huir de ella.

Mas, poco a poco el ánimo fué adquiriendo nuevos bríos, otra vez era la vida la que empezaba a renacer y Raúl sintió nuevamente sus antiguos deseos de triunfo. Tenía un poco de dinero, lo suficiente para poder empezar otra vez. Su nombre no había sido del todo olvidado y sus hechos heroicos le daban aun mayor valor.

Quiso aprovechar aquellas circunstancias y pensó en montar nuevamente el club que abandonó para alistarse como soldado.

Al cabo de algunas semanas consiguió nuevamente el mismo local, donde todo estaba en desorden. Había sido habilitado para hospital y aquel recinto que fué primeramente templo de la diversión y de la alegría se había convertido en altar de dolor y de muerte.

Cuando el local quedó desalojado, empezaron sus trabajos. Mike, al ver en el estado que se hallaba, no pudo menos que decirle a su hermano:

—Me da pena ver cómo está todo esto... ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces

Raúl, animado por la idea de volver a ser el que siempre fué, animó

a su hermano, diciéndole alegremente:

—Pronto te alegrarás... Volveremos a abrir...

—Pero tú no debes bailar. Busca a otros.

—¿Y por qué, yo no?

—Porque tú estás débil... No estás bien.

Raúl se echó a reír y confiándose en sus fuerzas, le respondió:

—No seas niño, Mike. Me encuentro tan fuerte como antes de ir a la guerra. Lo que dijo el médico no es verdad...

—Así y todo, yo no estoy conforme con esta apertura... Preferiría abrir un estanco en el pueblo, eso es más descansado y también produce.

—Si no se te ocurre otra cosa más que la del estanco, dala por descontada. Abriremos y muy pronto.

Mike comprendía que era inútil llevarle la contraria. Sabía que una de las cualidades de su hermano era la tozudez y acabó diciéndole:

—Si tú te empeñas, qué remedio... Abriremos otra vez, y que sea lo que Dios quiera.

—Lo primero que hay que hacer es pensar en la pareja—le dijo a continuación Raúl.

—¿Quién sabe si Elena?—propuso Mike.

—No digas tonterías—le atajó su

hermano—. ¿No sabes que Elena es ahora Lady Coray? Hay que pensar en otra mujer.

Pero por el momento ninguna conocían que les ofreciera aquella garantía que necesitaba para debutar con él.

Aquella noche se hallaban cenando en un café de uno de los arrabales de París, cuando Mike, entre las mujeres que allí había le pareció conocer a una de ellas y llamó la atención de su hermano, diciéndole:

—Mira aquella mujer... Es Annette, la de la danza de los abanicos...

En efecto, aquella mujer era la misma que en otro tiempo obtenía un gran éxito en los conciertos aristocráticos.

Parecía mentira que hubiera podido llegar hasta aquel extremo y Raúl se la quedó contemplando, mientras que ella bebía un vaso de vino y le decía a una compañera suya:

—Allí hay uno que conozco... Déseame buena suerte, porque tal vez esta noche cambie de vida.

Cuando terminó de beber se levantó y se fué a la mesa donde estaba Raúl y su hermano, y los saludó, diciéndoles:

—Mucho gusto en veros.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Raúl, sin querer ocultar la sorpresa que le producía.

—Mala suerte—respondió ella haciendo un gesto de dolor—. Enfermé... calamidades.

—¿Y ya estás bien de salud?—le preguntó Mike.

—Estupendamente — respondió ella. Y dirigiéndose a Raúl, le preguntó: —¿Bailas aún?

—Sí—exclamó Raúl—. Busco ahora compañera. Siéntate.

Annette se sentó junto a ellos y Raúl le dijo:

—¿Quieres ser mi compañera?

—Encantada — le respondió Annette.

—Pues entonces ves mañana por mi casa y comenzaremos a ensayar... Se trata de una danza nueva y quiero inaugurar con ella mi club.

Le dió la dirección de su casa y los dos hermanos salieron del café, convencidos de que después de todo habían tenido buena suerte encontrando a aquella mujer que podría sacarlos del apuro por la ausencia de Elena.

Raúl había visto bailar a Annette muchas veces y estaba seguro de que bastaría a la joven unas cuantas lecciones para que inmediatamente pudiese aparecer con ella ante cualquier clase de público.

Sin embargo, en lo que no pensó Raúl fué en el cambio que había da-

do la muchacha. En su desenfrenado descenso había ido adquiriendo el vicio de la bebida y muchas veces faltaba a los ensayos o acudía con tardanza.

Era inútil que Raúl la reprendiera por aquello, pero tenía que aguantarse pensando en que solamente ella sería capaz de bailar el nuevo baile creado por él.

LA APERTURA

Cuanto dinero poseía se lo gastó Raúl en la apertura de su club. Lo rodeó nuevamente de aquella propaganda que le hizo antes de la guerra, lo ornamentó con igual gusto y riqueza y consiguió que fuese también nota destacada de la alta sociedad parisina la apertura del club.

La noticia llegó hasta Lady Coray. Elena leyó en los periódicos que el heroico bailarín que había luchado en los campos de batalla, volvía de nuevo a París y presentaría al público su nueva creación, «Bolero».

Aquel era el baile que Elena había ensayado tantas veces con Raúl, aquel fué también el último que bailaron los dos enamorados, y Elena sintió la añoranza del amor pasado. Había amado tanto a aquel hombre,

que ahora al volver a leer su nombre en las páginas de los diarios volvía otra vez a desfilar ante ella acontecimientos que jamás creyó que volvería a recordar.

Bien es verdad que de aquel amor solamente quedaban unas cenizas que le sería fácil apagar y que pertenecía en cuerpo y alma a su esposo.

Lord Coray había tenido siempre para ella todas las atenciones imaginables. Sus gustos habían sido órdenes cumplidas inmediatamente y había sabido rodearla de cuanto puede ambicionar un alma de mujer.

El corazón de Elena no era desagradecido, no supo abstenerse de aquella inclinación que, en un principio, sintió por su esposo e insensi-

blemente fué naciendo el amor en él hasta llegar a considerarse la esposa más feliz del mundo.

Pero aquella tranquilidad, aquella dicha que hasta entonces había disfrutado desde que se casó con Lord Coray, se vió amenazada de pronto por la vuelta de Raúl. Hubiera preferido que él se hubiese marchado a América, a Londres, a cualquier otro país, pero no precisamente donde ella estaba.

Desde que supo la fecha de la apertura, sintió un gran curiosidad, un verdadero deseo por ir a ella. Quería ver quien era la mujer que la sustituía, quien era la que ocupaba su lugar y se consideraba capaz de bailar con Raúl aquel baile que tan complicado resultaba.

Por esto mismo le suplicó a su esposo que la llevase a la apertura del club, diciéndole:

—Siento una gran curiosidad por ir... ¿Por qué no me acompañas?

—Haré cuanto desees—le dijo su esposo con la amabilidad habitual en él—. Ya sabes que nada de lo que a tí te guste a mí me contraría. Somos dos seres distintos, pero un solo cerebro para pensar y para disponer. Tú eres la que dispone y yo el que te obedezco.

Aquello le valió a Lord Coray un beso que él recibió como el premio más grande que podía recibir.

La noche del debut, cuando ya el público llenaba casi por completo el salón, aparecieron Elena y su marido.

Nunca había estado ella más hermosa que entonces. Su belleza resaltaba entre la magnífica toilette que llevaba y su paso era seguido por la admiración que causaba en los hombres y la envidia en las mujeres.

Ella ajena a todo cuanto suscitaba su persona, sólo pensaba en el momento de volver a ver a Raúl. Quería saber hasta donde llegaba el recuerdo que él pudiera haber dejado en ella. Era como una prueba a la que sometía su amor.

Se sentó cerca del escenario, mientras que en el camerino de Raúl, éste se vestía esperando el momento de su actuación.

Momentos antes se presentó su hermano y le dijo asustado:

—Annette no ha venido todavía.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó su hermano.

—Porque está aquí su amiga.

En efecto, allí estaba la patrona de Annette, que le dijo:

—Anoche no fué a casa... La están buscando por todas partes.

—Avisaré a la policía—dijo Mike.

—No—respondió Raúl—. Sería inútil. Estará embriagada y por eso no ha venido. No hay que preocuparse más de ello.

—¿Y qué haremos entonces?—preguntó alarmado su hermano.

—Pues bailaré mi número yo solo—respondió Raúl.

—¿Sin ensayarlo con la orquesta?—preguntó Mike—. Eso sí que es una locura.

—Ves y llama al director—le ordenó Raúl.

Aquel se presentó poco después y Raúl le dijo:

—¿Puede tocar mi número sin haberlo ensayado?

—Creo que sí—respondió el director.

—Pues entonces sígame, que bailaré yo solo.

Salió el director de orquesta y Mike se encaró con su hermano, diciéndole:

—Tú no puedes bailar solo... Yo no quiero que te mates.

—¿Quieres entonces devolverles el dinero?

—Siempre sería mejor que no que te matases?—le aconsejó su hermano.

—Déjate de sentimentalismos... En mi vida me he encontrado mejor que ahora... Ya verás el éxito que tendremos... Sal y anuncia al público que bailaré solo.

Salió Mike y apenas había salido cuando entró Annette. Llegaba en completo estado de embriaguez y en un decididamente al camerino de Raúl, se dejó caer sobre un sillón y exclamó:

—¡Ya estoy aquí!... ¿Ves cómo no llego tarde?... Annette no ha perdido nunca un número.

—Pues puedes marcharte... Ya no te necesito... Así estarás lista antes.

La muchacha se levantó y con una crueldad inconsciente, le dijo:

—Bueno, me voy... Pero tú también estás listo... Acuérdate en los ensayos... No podrás resistir mucho... Te faltan las fuerzas.

Raúl la dejó marchar y se miró al espejo... Verdaderamente llevaba razón aquella mujer... No era ni sombra de lo que había sido. Una intensa palidez cubría su rostro y en sus ojos había unas profundas ojeras, que acusaba el mal que lo mataba.

Mike entre tanto había salido al salón y al dirigirse hacia el escenario se encontró con Elena. Agradablemente sorprendido por el encuentro se sentó en la misma mesa de ellos y los saludó.

—Me alegro de verte—le dijo el hermano del bailarín.

—¿Y Raúl?—le preguntó ella.

—No está muy bien. Esta noche está peor que nunca. Su compañera está borracha.

—¿Y qué piensa hacer?—preguntó intranquila Elena, ante la situación en que se veía Raúl.

—Pues bailaré solo... Esto lo matará.

—¿Tan mal está?—preguntó ella, con infinito pesar.

—Mucho peor de lo que parece, aunque él no se da cuenta.

Lord Coray, que advirtió la emoción que causaban en su esposa las palabras de Mike, intervino diciéndole:

—Pero mañana volverá su pareja, ¿no se cierto?

—Mañana no me preocupa—respondió Mike—. Lo que me tiene en cuidado es lo de esta noche. Yo tenía fe en esta apertura. Es su sueño dorado de hace cinco años. Si esta noche hubiese salido bien... Elena, yo no sé como decirlo... Si tú esta noche quisieras...

Elena lo miró extrañada y exclamó:

—Eso no es posible.

—Me lo suponía... Gracias de cualquier modo — terminó diciéndole Mike.

Cuando éste se alejó de la mesa, Lord Coray no pudo menos que exclamar.

—Es una lástima. Cinco años pensando en esto y cuando llega el momento... Debe sufrir enormemente.

—Mucho—respondió su esposa—. Tú no conoces a Raúl como yo.

Y adoptando de pronto una resolución extrema, le dijo:

—¿Te sabría mal que bailase esta noche con él? Siempre dices que mis gustos serán los tuyos. Déjame

bailar esta noche y te estaré agradecida toda la vida.

Lord Coray por un momento pensó en negarse, mas luego reflexionó y le respondió tranquilamente:

—¿Si tú crees que debes hacerlo?

—Debo hacerlo aunque solo sea por agradecimiento. Gracias, Bob.

Corrió al camerino de Raúl, y éste al verla, exclamó alegremente:

—Elena... ¿Tú aquí?

—Sí — respondió ella, a la vez que empezaba a quitarse las prendas—. Mike me ha hablado de tu pareja y vengo a reemplazarla.

—Pero yo no debo consentir—intentó oponerse Raúl.

—Tú te callas—le dijo Elena, entrando en el otro camerino, para vestirse—. Ha sido una idea de Mike y lo ha conseguido. Vamos a bailar.

Y, en efecto, media hora después aparecieron los que siempre habían formado la pareja, bailando aquel baile creado por Raúl, que se llamaba «Bolero».

Fué un verdadero delirio entre el público que presenciaba la danza sin que nadie se diera cuenta del esfuerzo que hacía el bailarín. Su pecho se alzaba a impulsos de una respiración jadeante, y Elena advertía que no era aquel el mismo hombre que ella conoció. Haba desaparecido todo su brío y cuando la cogía en

sus brazos para marcar algunos compases sus fuerzas parecían flaquear y tenía que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerla.

Al terminar el baile, una ovación clamorosa los hizo salir varias veces a escena. El éxito había sido inmenso, mucho mayor de lo que hubiera podido soñar Raúl, y éste se sentía en aquellos momentos capaz de bailar toda la noche.

Su hermano entró a verlo para abrazarlo y Raúl le dijo:

—Dile a la orquesta que toque el vals... Elena y yo lo bailaremos.

—No—le dijo su hermano—. Tú no estás bien.

—No seas niño—le ordenó Raúl—. Haz lo que te digo.

Y ante la exigencia de Raúl, Mike no tuvo más remedio que salir a dar la orden recibida.

Elena, entretanto, se estaba vistiendo en el camerino del lado, sin darse cuenta de que Raúl, debido al esfuerzo realizado, sintió que una nube se interponía ante sus ojos, quiso gritar y no encontró fuerzas para

hacerlo y cayó pesadamente sobre el sofá del que rodó a la alfombra, sin hacer el menor ruido.

Su vida, que había sido un continuo griterío, terminaba silenciosamente en aras de aquel arte al que le había dedicado toda su existencia.

Ajena a todo ello, Elena desde su camerino le hablaba y le decía:

—Este baile será el último nuestro, Raúl... Me siento triste y alegre... No sé como poder explicarte la sensación que vive en estos momentos mi alma.

Mas, al ver que no le respondía, salió de su camerino y dió un grito de espanto al verlo en el suelo tendido.

Acudió Mike, el Lord y cuantos se enteraron de la desgracia y mientras que todos rodeaban el cadáver del pobre bailarín, el público, sin saber la gran tragedia, seguía aplaudiéndole y reclamando su presencia.

Había muerto tal y como él lo había pensado, en la llama de aquel arte que iluminó toda su vida.

FIN

Ediciones

BIBLIOTECA FILMS

1934-1935

Continúan los éxitos de la temporada que se inicia

PRÓXIMO NUMERO:

El lago de las damas

Encantador poema de imágenes, sobre los juegos de la juventud y del amor. La atmósfera alegre y animada de una estación veraniega, con sus intrigas, sus flirts, sus escándalos sus alegrías y sus penas. Creaciones de la gentil pareja

Rosine Derean y Jean-Pierre Aumont

EN PLENIA:

Otra selección de novelas selectas

La casa Rothschild

Soberbia novela de la fundación de una dinastía financiera que gobernó a Europa. Creación de

George Arliss - Loretta Young - Boris Karloff

El desaparecido

Novela de la más alta emoción e intriga, cuya trama resulta cada vez más interesante hasta llegar a un final sorprendente e insospechado. Creación del gran

R A M B A L

Indiscutiblemente... Siempre lo mejor

CANCIONERO

■ 32 páginas de texto: 30 céntimos volumen ■

Carmelita Aubert
Carlos Gardel
Imperio Argentina
Margarita Carbajal
Estrellita Castro
Reyes Castizo • La Yankee •
Trini Moren
Elsie Bayron
Niño de Marchena
José Mojica
Eduardo Brito
Magaldi-Noda
Irusta-Fugazot-Demare
Emilio Vendrell

Eduardo Bianco
Alady-Lepe
Hipólito Lázaro
Marcos Redondo
Francisco De Val
Carlos Gardel
Raquel Meller
Rosarillo de Triana
Pablo Gorge
Imperio Argentina
Alberto H. Ribera
Angelillo
Jean Keipura

NÚMERO EXTRAORDINARIO Precio: 60 céntimos
dedicado a IMPERIO ARGENTINA

ALMANAQUE 1933 Precio: 1'00 peseta
dedicado al genial estilista CARLOS GARDEL

ALMANAQUE 1934 Precio: 1'00 peseta
dedicado a los célebres artistas

Imperio Argentina - Celia Gámez
CARLOS GARDEL
Azucena Maizani - Libertad Lamarque

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

PORTADA A TODO COLOR - PRECIO DE CADA TOMO UNA PESETA

| | | | |
|-------------------------------|-----------------|---------------------------|-------------------|
| MENTIRAS DE NINA PETROWNA | Brigitte Helm | ROCAMBOLE | Rolla Norman |
| EL LOCO CANTOR | Al Jolson | 14 DE JULIO | Rene Clair |
| LOS PECADOS DE LOS PADRES | Emil Jannings | REDIMIDA | Frederic March |
| EL DESFILE DEL AMOR | Chevalier | EL MILAGRO DE LA FE | Chester Morris |
| EL AMOR Y EL DIABLO | María Corda | LA VENUS RUBIA | M. Dietrich |
| LA INTRUSA | Gloria Swanson | RASPUTIN | Conrad Veldt |
| LA MARSELLA | L. La Plante | LA AMANTE INDOMITA | Bebe Daniels |
| ME PERTENECES | F. Bertini | MERCEDES | J. Santpere-Arcos |
| LA FIERECILLA DOMADA | Mary-Douglas | SUENO DORADO | Lillian Harvey |
| UN HOMBRE DE SUERTE | Roberto Rey | CORRESPONSAL DE GUERRA | Jack Holt |
| CASCARRABIAS | E. Vilches | UNA MUJER PERSEGUIDA | C. Colbert |
| NOCHES DE NEW-YORK | N. Talmadge | UNA MUJER CAPRICIOSA | Vinne Gibson |
| LA MUJER EN LA LUNA | Willy Fritsch | LABIOS SELLADOS | Clive Brook |
| EL ZEPELIN PERDIDO | Conway Tearle | ¿DELINCUENTE? | Boris Karloff |
| LAS LUCES EN LA CIUDAD | Charlie Chaplin | CRUEL DESENGAÑO | B. Stanwick |
| SU NOCHE DE BODAS | I. Argentina | INDISCRETA | Gloria Swanson |
| DON JUAN DIPLOMATICO | C. Montalban | EL DOCTOR ARROWSMITH | Ronald Colman |
| EL EMBRUJO DE SEVILLA | L. de Guevara | DIPLOMATICO DE MUJERES | Marta Eggerth |
| LA ULTIMA ORDEN | Emil Jannings | LA ULTIMA ACUSACION | John Barrymore |
| NAUFRAGOS DEL AMOR | J. Mac Donald | LA HIJA DEL DRAGON | Ana May Wong |
| EL CABALLERO DE FRAC | Roberto Rey | ¿QUE VALE EL DINERO? | G. Bancroft |
| EL COMEDIANTE | E. Vilches | VIAJE DE NOVIOS | Brigitte Helm |
| LUCES DE BUENOS AIRES | Carlos Cardel | PASTO DE TIBURONES | Edward Robinson |
| EL TENIENTE SEDUCTOR | Chevalier | EL ROBINSON MODERNO | D. Fairbanks |
| EL SECRETARIO DE MADAME | Willy Fritsch | SOLTERO INOCENTE | M. Chevalier |
| LA ARLESIANA | José Noguero | I. F. 1. NO CONTESTA | Charles Boyer |
| ENTRE NOCHE Y DIA | Elena D'Algy | MELODIA DE ARRABAL | Argentina Cardel |
| LOS QUE DANZAN | A. Moreno | EL SIGNO DE LA CRUZ | March. E. Land |
| AL ESTE DEL BORNIO | C. Bickford | TODO POR EL AMOR | J. Klepura |
| M. (El Vampiro de Dusseldorf) | P. Lorre | DANTON | J. Grettillat |
| LA DAMA ATREVIDA | R. Pereda | ESTRELLA DE VALENCIA | Brigitte Helm |
| FATALIDAD | M. Dietrich | CASADA POR AZAR | Clark Gable |
| EL PRINCIPE GONDOLERO | Roberto Rey | KING-KONG | Jay Wray |
| AVENGALI | J. Barrymore | YO Y LA EMPERATRIZ | Lillian Harvey |
| CARNE DE CABARET | Lupita Tovar | MADAME BUTTERFLY | Sylvia Sidney |
| EL DOCTOR FRANKENSTEIN | B. Karloff | EL BESO ANTE EL ESPEJO | Nancy Carroll |
| PAGADA | Joan Crawford | VAMPIRESAS 1933 | Warren William |
| CATOLICISMO | G. Froelich | S. O. S. ICEBERG | Rod Laroque |
| KISMET | Loretta Young | AMORIOS (Liebeley) | Magda Schneider |
| CIMARRON | Richard Dix | MATER DOLOROSA | Lina Nore |
| EL TENIENTE DEL AMOR | G. Froelich | LA ISLA DE LAS ALMAS PER- | |
| DIRIGIBLE | Jack Holt | DIDAS | Charles Laughton |
| LA DAMA DE UNA NOCHE | F. Bertini | VUELAN MIS CANCIONES | Martha Eggerth |
| NACIDA PARA AMAR | C. Bennet | DIME QUIEN ERES TU | Liane Haid |
| AVENTURAS DE TOM SAWYER | Jackie Coogan | NACIDA PARA PECAR | Mae West |
| MARIUS | Raimu | AUDIENCIA IMPERIAL | Martha Eggerth |
| UNA MUJER DE EXPERIENCIA | Nancy Carroll | EL TESTAMENTO DEL DR. MA- | |
| EL ANGEL DE LA NOCHE | H. Twelvetees | BUSE | Fritz Lang |
| UNA CANCION, UN BESO, UNA | | EL RESUCITADO | Boris Karloff |
| MUJER | G. Froelich | PARIS-MONTECARLO | Henry Garat |
| UNA HORA CONTIGO | M. Chevalier | FELIPE DERBLAY | Gaby Morlay |
| DOS CORAZONES Y UN LATIDO | Lillian Harvey | GUERRA DE VALSES | Willy Fritsch |
| RONNY | Kathe de Nagy | MARIA | Annabella |
| ATLANTIDA | Brigitte Helm | TARZAN DE LAS FIERAS | Buster Crabbe |
| EL EXPRESO DE SHANGHAY | M. Dietrich | UNA VIDA POR OTRA | Nancy Torres |
| COCKTAIL DE CELOS | C. Bennet | EL AGUA EN EL SUELO | Maruchi Fresno |
| UN CHICO ENCANTADOR | Henry Garat | LA MASCARA DEL OTRO | Ronald Colman |
| LA REINA DRAGA | Pola Negri | UNA DE NOSOTRAS | Brigitte Helm |
| VICTORIA Y SU HUSAR | I. Petrowich | EL COLLAR DE LA REINA | Diana Karenne |
| EL CONGRESO SE DIVIERTE | Lillian Harvey | LA NOVIA UNIVERSITARIA | Buster Crabbe |
| REMORDIMIENTO | P. Holmes | LA MUJER ACUSADA | Nancy Carroll |
| ¿QUE PAGUE EL DIABLO! | Ronald Coman | MORAL Y AMOR | Camila Horn |
| EL IDOLO | John Barrymore | PECADORES SIN CARETA | Carole Lombard |
| BAJO FALSA BANDERA | Charlotte Suza | EL CRIMEN DEL SIGLO | J. Hersholt |
| MANCHURIA | Richard Dix | EL ABOGADO | John Barrymore |
| EL HOMBRE Y EL MONSTRUO | March | TUYA PARA SIEMPRE | Frederich March |
| DAMAS DEL PRESIDIO | Sylvia Sidney | EL HOMBRE LEON | Buster Crabbe |
| ESPERAME | C. Gardel | PASO A LA JUVENTUD | Martha Eggerth |
| AMAME ESTA NOCHE | M. Chevalier | VOLGA EN LLAMAS | Albert Prejean |
| UN "AS" EN LAS NUBES | Billie Dove | EL HIJO DEL CARNAVAL | Ivan Mosjoukine |
| LA COMEDIA DE LA VIDA | Floreille | DALE DE BETUN | Juan de Landa |
| UNA NOCHE CELESTIAL | John Boles | TRAGICA ATRACCION | Harry Baur |
| POR LA LIBERTAD | Luis Trenker | ¡ORO! | Brigitte Helm |
| EL MARIDO DE MI NOVIA | Marie Glory | LOS MISERABLES | Floreille |
| PRESTIGIO | Adolphe Menjou | | |

EDITORIAL "ALAS" - Apartado de Correos 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

¡OIGAN! ¡OIGAN!



Todos los niños
buenos leerán los

4 Almanagues Infantiles 1935

Dedicados a los más grandes artistas de la pantalla

MICKEY MOUSE

LOS TRES CERDITOS

Creaciones del genial caricaturista
WALT DISNEY

B I M B O

BETTY BOOP

Creaciones del celeberrimo caricaturista
MAX FLEISCHER

Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

PRECIO
ACTUAL **1.50 Pts.**

UNA peseta